

Anne Aband

Acero
MORTAL

SECCIÓN ΩMEGA 2

Selecta 

Acero mortal

SERIE

Sección Omega 2

Anne Aband

Selecta

BRANDON

Cora es una mujer maravillosa, pero es demasiado intensa. El fin de semana que pasamos juntos, follamos como locos, pero sé que no es la mujer de mi vida, como ella sabe que no soy su hombre. No es como lo que veo en mi hermano y amigo Jackson y en Bella, que siguen cada día más enamorados. Eso sí, somos amigos con derechos y si a ella o a mí nos pica, quedamos, nos acostamos y tan tranquilos. Tal vez esa sea la mejor opción.

—Ey, grandullón, ¿novedades? —dice Jackson desde el comedor. Hace dos días que se ha incorporado y ya anda entrenando en el gimnasio, aunque sé que sus entrenamientos en horizontal son frecuentes y abundantes. Creo que nunca lo había visto tan feliz y sonriente.

Me hizo gracia cuando Bella nos confesó que el periódico donde hizo las prácticas lo llamaban «el ogro». Ahora parece un tipo salido de un musical, hasta canta y todo en la ducha. Lo que hace estar enamorado.

—Ninguna —digo encogiéndome de hombros. Salgo de una vigilancia nocturna y estoy algo rígido. Nuestro caso actual está relacionado con una supuesta cédula terrorista afincada en la ciudad. Llevo dos semanas vigilando a unos tíos, pero según el jefe, aunque lo ideal sería que uno de nosotros intentase infiltrarse, ninguno se ajusta al perfil. Además, son realmente desconfiados.

—¿Has conseguido algún mensaje más? —digo sentándome a su lado. Está tecleando con rapidez, buscando en la *Deep Web* cualquier información sobre explosivos, puesto que el mensaje que interceptó, hace un mes, hablaba de volar la ciudad, de arrasarla.

—No, joder. Logan lleva preguntándome lo mismo toda la mañana. Hago lo que puedo.

—Está distraído con su pajarita —dice Hope, y consigue que Jackson la fulmine con la mirada.

—Si hay alguna queja sobre mi trabajo...

—Tío, ¿es que no la conoces? Le encanta joder al personal —dice Ronaldo que entra sudado, debe venir del gimnasio. Ella le sonríe burlona.

Jackson sigue tecleando y creo que acabará hundiendo alguna de las letras. Sonrío de pensar en verlo con el dedo hundido y le llevo un café. Me lo agradece, aunque probablemente se lo beba frío. A veces se queda absorto y no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

—Equipo —dice Logan mirándonos a todos—, Rodríguez me ha dicho que han detenido a un tipo que conoce a los tíos que vigilamos. Brandon, Hope, id a hablar con él a la comisaría.

—Qué amable Rodríguez, colaborando —dice Hope irónica.

—No le queda otra, esto es de seguridad nacional —contesto. Ella es la inspectora con la que tenemos contacto siempre que necesitamos más operativos. Es dura, implacable y tiene una antipatía con mi jefe que es mutua.

—¿Cuándo podré salir al campo? —pregunta Jackson al jefe.

—¿No sueles ir a abrazar árboles con tu chica? —suelta Hope. La riño con una mirada. A veces es insoportable.

Logan la ignora y niega con la cabeza.

—Hace tres meses y medio que te hicieron un segundo ombligo, me da igual que digas que te encuentras mejor. De hecho, he solicitado otro operativo durante un tiempo.

—¡No jodas! —protesta Jackson y al estirarse, los puntos le tiran y todos nos damos cuenta de su mueca.

—Una cosa es que puedas trabajar con el ordenador, otra, que te pongas a dar de hostias en la calle —contesta Logan—. Pondrías al equipo en peligro.

Jackson baja la cabeza y asiente.

—¿Cuándo llega el nuevo tío? —pregunta Hope. Ronaldo hace una mueca.

—No es un tío, es una mujer —dice Logan—. Muy preparada, una agente del FBI, experta en terrorismo, algo que nos vendrá muy bien.

Ronaldo sonrío y Hope se levanta y se va hacia la puerta malhumorada. Algún día estos dos se liarán a hostias, aunque es cierto que todos nos defenderíamos hasta la muerte.

—Te espero en el coche, *big boy*.

Limpio la taza y me voy tras ella. Nos montamos en uno de los discretos coches para ir a la comisaría. Podíamos haber ido caminando, pero sé que a ella no le gusta perder el tiempo.

—Deberías ser algo más amable —digo con suavidad. Hope me mira con esos ojos oscuros y duros que tiene y no responde. Luego, arranca el coche y nos incorporamos a la circulación.

—Mira, Brandon, me caes bien y eso no ocurre a menudo. Por eso te diré que hace tiempo fui amable y me dieron de hostias. En este trabajo, no, mejor dicho, en este mundo esencialmente machista, o te pones borde o te comen.

—No todos somos así.

—Tal vez tú no, o Jackson desde que tiene a Bella. ¿Cuántos equipos de alto nivel conoces en los que haya mujeres y que además se las trate de igual a igual? Y eso que no tengo queja de Logan.

—No sé, supongo que habrá pocos.

Gira con el volante rápido y tengo que agarrarme.

—Exacto. Pocos o ninguno.

—¿Tan mal te sientes con nosotros?

Me mira de reojo y niega con la cabeza.

—No, porque me he puesto en mi sitio. Si hubiera aparecido en plan amable ¿qué habríais pensado? Sobre todo el cabrón de Ronaldo, que es un puto machista que solo piensa con la polla.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, Brandon.

Aparca delante de la comisaría y bajamos. Creo que tiene razón, no lo había visto desde su punto de vista. Nos identificamos en la puerta y entramos. Ella lleva una cazadora ligera negra y botas militares, con vaqueros negros. Yo voy parecido, vaqueros, una sudadera oscura y botas. Se nota a la legua que no somos civiles.

Rodríguez nos hace una seña desde su despacho. La inspectora lleva como siempre su seria coleta oscura y parece cansada.

—Llegáis tarde, vuestra compañera ya está con el testigo.

—¿Cómo? —dice Hope a punto de estallar.

—Me dijo vuestro jefe que se incorporaba y como la conozco de mis tiempos en Quántico, la he dejado pasar.

—Joder, Rodríguez, debería habernos esperado —protesto. Hope ya va hacia la sala de interrogatorios.

La abre sin contemplaciones y nos encontramos a una mujer que sostiene contra la pared a un tipo que es más alto que ella, pero su mano está girada en un ángulo incorrecto.

—¡Hatching! ¡Leo! ¿Qué coño haces en mi comisaría?

Ella suelta al tipo, que se derrumba en la silla y levanta las manos. Es muy alta, delgada y lleva una camiseta de manga corta que deja ver su fibrosa musculatura de color caramelo. Lleva el pelo tan corto que se perfila su cabeza oscura contra las paredes claras. Sonríe y muestra sus dientes blancos y perfectos. Es toda una belleza. Letal, pero hermosa. Sale de la sala de interrogatorios, dejando la puerta abierta.

Hope me clava su codo en mi estómago y reacciono. Vamos al pasillo y la comisaria cierra la puerta. Ella se acerca a nosotros y tiende la mano.

—Soy Leo Hatching, como ya nos ha presentado Rodríguez.

—Ella es Hope y yo soy Brandon. ¿Por qué no nos has esperado?

—Hay que pillarlos en caliente —dice encogiéndose de hombros—. Ya tengo todo lo que necesito.

—¿Tú? ¿Tú tienes? —dice Hope a punto de explotar.

—Tranquila, lo compartiré con vosotros. ¿Nos vamos?

—¿Estás segura de que no hay que seguir interrogándolo? —pregunto.

Ella me mira entrecerrando los ojos, quizá evaluando si hablo en serio. Cuando toma una

decisión, asiente.

—Tengo nombres de traficantes de explosivos y también varios posibles objetivos. El tipo no sabía mucho, pero lo que me ha dicho, ha resultado interesante.

—Vamos a la oficina entonces —contesto.

—¿En serio? ¿No vamos a interrogarle? —pregunta Hope cabreada.

—Va a ser una del equipo y si dice que lo tiene todo, no voy a desconfiar.

Ella parece sorprendida y veo por un momento una expresión que no comprendo. Subimos al coche, ella monta atrás. La miro desde el retrovisor porque ella no me pierde de vista. Hope está en el asiento del copiloto, muy enfadada con ella, conmigo, con el mundo.

Desde luego que estos meses en los que esté ella van a ser de todo menos aburridos.

BRANDON

Llegamos a la oficina en absoluto silencio, y la tal Leo no nos pierde de vista. Hope mira por la ventana y yo no sé si preguntar qué le ha dicho el tipo al que ha interrogado. Casi prefiero que nos dé la información a todos a la vez, sobre todo porque no quiero que ellas se enzarcen.

Cuando entramos, Ronaldo viene el primero a saludar, pero ella le ignora de forma educada.

—Jackson, Ronaldo y el jefe, Logan —presento—. Ella es Leo.

—¿Qué hay?

—Ha interrogado al sospechoso antes de que llegásemos —dice Hope, aunque parece calmada.

—Vamos a la sala de reuniones —contesta Logan serio.

Nos sentamos expectantes. Jackson la mira con curiosidad aunque algo decepcionado, imagino porque no va a poder salir a la calle. Ronaldo, evaluando imagino con su polla, como dice Hope. Ella está con la mirada baja, garabateando y Logan la invita a sentarse y a hablar.

—El detenido es de bajo nivel, sin embargo, suele trabajar de mensajero entre ellos. Si no fuera porque el equipo de Martha lo detuvo por una leve infracción, no sabríamos nada.

—¿Martha? —dice Ronaldo.

—La inspectora Rodríguez —contesta Logan—. Continúa.

—El caso es que me ha dicho que estaban esperando que viniera uno de los jefes, un tipo al que llaman astronauta, no sé por qué, para elegir los mejores objetivos. Él no sabía cuáles eran todos, pero me habló de un par de puntos, uno de ellos la reinauguración del teatro por el vicepresidente la semana que viene.

—¡No jodas! Si viene Beyoncé y Kendrick Lamar —exclama Ronaldo—. Tenemos que pararlo.

—¿Y la vida del vicepresidente? —pregunto irónico. Ronaldo se encoge de hombros.

—El caso es que me ha dado el nombre de un tipo que les ha estado vendiendo explosivos, y tiene que hacer una entrega dentro de dos días. Necesitan, por lo visto, a alguien con un camión

grande para hacer el transporte desde Allentown, Pensilvania, a unas tres horas de aquí. Él mismo nos ofreció presentarnos al encargado, a cambio de ser un testigo protegido.

—¿Tanto conseguiste en tan poco tiempo? —pregunto asombrado. Ella se encoge de hombros.

—Bien hecho, Leo —dice Logan satisfecho—. Brandon, te ofrecerás a ese tipo para llevar el camión. Y te acompañará...

—Yo puedo, señor, para eso he conseguido la información —interrumpe Leo algo enfadada.

—¿Conduces camiones? —pregunta Logan.

—Cualquier cosa que ande, vuele o navegue —contesta con chulería.

—Está bien, iréis ambos y os presentaréis al encargado. La idea es que cuando lleguéis a Pensilvania os enteréis de todo lo posible. Si uno de los objetivos está tan cerca en el tiempo, imagino que no será el primero. Tal vez quieran organizar una sucesión de atentados por toda la ciudad, debido a las elecciones.

—¿Se ha hablado de otras ciudades? —pregunta Jackson. Ella niega.

—De momento creo que no. Pero una vez allí, intentaré averiguar si hay otros objetivos fuera de Nueva York.

—Intentaremos, esto es un equipo.

Ella se encoge de hombros. Logan se levanta y enseguida Ronaldo se acerca a ella.

—¿Me permites que te enseñe esto?

Ella acepta, aunque no parece muy convencida. Logan me hace una seña y voy a su despacho.

—Cierra la puerta y siéntate.

—Dime, jefe.

—La inspectora Rodríguez me ha hecho una advertencia sobre Leo y quería comentártelo. Es letal, muy efectiva e inteligente, pero no sabe trabajar en equipo. Es demasiado individualista. Por suerte, tienes paciencia.

—¿Estás seguro de querer mandarla a ella? No la conocemos.

—Sabes que confío en vosotros, pero también en Rodríguez. Si ella dice que es buena, lo será, aunque le guste ir a su ritmo. Y en algún momento tiene que salir a una misión con el equipo. Ronaldo y Hope os darán cobertura en los alrededores y Jackson interceptará las líneas. Os prepararemos algún micro indetectable.

—Está bien, jefe. Lo que digas.

—Id a la comisaría de nuevo y hablad con el detenido. Luego, vais a donde os diga para contactar con el tipo ese.

—De acuerdo, te mantengo informado —digo levantándome.

—Y, Brandon, lo mismo que te digo que seas paciente, te digo que tú estás al mando y que si tienes que pararla, lo hagas.

—Ok.

Salgo y voy a comedor, allí no hay nadie, así que bajo a la oficina de Jackson. Ahí están ambos, mi amigo y Leo, y este le está explicando algo en la pantalla.

—Leo, tenemos que ir a ver al detenido para que nos introduzca en la cédula.

—Vale. Vamos.

Jackson nos mira serio sin decir nada, y salgo detrás de la mujer. En seguida llegamos a la comisaría y volvemos a hablar con el detenido tras comentar a Rodríguez el tema.

—A mi jefe le encantan los locales de intercambios. Si queréis pillarle de buen humor, su sitio favorito es el Red Velvet.

—Está bien, iremos allí a las siete —digo.

—Como vayáis así vestidos, dudo mucho que ni se os acerque —bufa el tipo.

—Mira, John —dice Leo acercándose hasta cogerlo de la camiseta. El tipo se encoge—. Por tu propio bien, más vale que nos presentes, le convenzas de que nos contrate y te tragues la lengua después. O te encontraré y te la meteré por el culo.

—Te veremos allí a las siete —digo apartando a Leo del brazo. Ella se revuelve y se suelta—. La inspectora Rodríguez te va a estar vigilando y llevarás un dispositivo de seguimiento y un micro, así que no hagas ninguna tontería.

—No. Tengo familia, dos hijos, quiero largarme —dice John. Parece sincero, pero tampoco es que me fíe.

Salimos de la comisaría tras hablarlo con Rodríguez.

—¿Te llevo a algún sitio?

—No, tengo cosas que hacer hasta las siete. Nos veremos allí, en la puerta. Ponte sexy —dice ella riéndose.

Se marcha, y llamo a Logan. Le informo de todo y me dice que descanse en mi apartamento hasta la cita. Después de aparcar, salgo a dar una vuelta. Camino durante un par de horas para despejarme y pensar. Todavía recuerdo cuando paseaba con Melody por la zona. Teníamos poco tiempo para estar juntos, y espero que a Jackson y a Bella les vaya mejor que a nosotros, supongo que tienen más disponibilidad. Lo cierto es que ella era maestra y cuando yo estaba libre, ella trabajaba. Le horrorizó verme herido una de las veces que tuvimos un trabajo difícil. Nunca le pude contar nada, ni un solo detalle, porque se ponía demasiado nerviosa. Supongo que no era la mujer ideal para mí.

Paso por la segunda avenida y no sé por qué echo la vista hacia el MDC Brooklyn, la prisión federal y veo una silueta que no me es desconocida. La veo salir, con el rostro tenso y dirigirse hacia una moto negra aparcada cerca, ponerse el casco y salir quemando ruedas.

—¿Qué narices haces en una prisión federal, Leo?

Llamo a Jackson, porque me genera cierta desconfianza, pidiéndole que la investigue. Se extraña un poco, pero tengo que confiar en mi compañera si vamos a realizar una misión juntos.

—No le comentes nada a Logan de momento, lo mismo no tiene importancia.

—O puede que debas preguntárselo a ella directamente —dice mi amigo.

—Sí, es posible.

—Pásate luego a por los micros.

—Te veo luego, dale a Bella un beso de mi parte.

—Se lo daré de la mía —contesta y sonrío.

Me voy a casa a descansar y miro mi armario.

—¿Ponte sexy?

No creo que un tío de casi dos metros pueda ser sexy, así que me pondré una camisa y pantalones negros. Melody decía que me quedaban bien. Veremos qué aspecto tiene ella.

Justo cuando más tiempo libre necesitaba, va mi jefa y me asigna a la sección Omega. Había escuchado hablar de ellos, ¿quién no? De sus misiones exitosas y de lo que han conseguido. Dentro de mi carrera, es un punto más poder trabajar aunque sea durante un tiempo con ellos.

Pero ¡joder! ¿Justo ahora? El juicio de mi hermano está a punto de salir y me necesita o se derrumbará. Un analista exitoso como él siempre ha sido, con los mejores resultados del FBI y se deja engañar como un estúpido por un jovencito que le sonsacó información. Por suerte, no fue demasiado, solo algo sobre Delaware, sobre el suministro de agua. Detuvieron al chico y a mi hermano. No sé si acabará con un par de años de cárcel o espero, por la salud de mi madre, que lo dejen libre. Tampoco es que Rob sea un tipo duro, es demasiado inteligente y algo tímido, carne de cañón en una cárcel, aunque sea federal.

El abogado me acaba de decir que el joven que engañó a mi hermano ha confesado. Se trata de un chico que pertenece a un grupo ecologista. Al parecer, querían cortar de alguna manera el suministro para llamar la atención. Quizá eso sea lo que salve a mi hermano.

Salgo de la cárcel y me monto en mi preciosa Ducati Panigale y salgo deprisa. Tengo que ducharme y arreglarme para introducirnos como infiltrados. No es mi primera vez. Aunque llevo solo cinco años de trabajo de campo, me ha tocado ya meterme en dos misiones de meses. En realidad, es cuando mejor estoy. Nadie me conoce, voy por mi cuenta y no tengo que cuidar de mi compañero.

Llego a casa y aparco la moto. Mi apartamento no es muy grande, solo dos habitaciones. La primera, donde tengo la cocina, el comedor y el dormitorio y la segunda con un baño bastante aceptable para el tamaño. Lo mejor son las vistas. Desde el piso veintidós veo una buena parte de Central Park. Y solo por eso, ya vale la pena. Suena el teléfono. Mi madre.

—¿Has visto a Rob? ¿Cómo está?

—Bien, tranquilo. He hablado con su abogado y tiene esperanza.

—Este chico... ¿Tú estás bien?

—Todo bien. Tengo que irme, mamá.

—¿No me vas a preguntar por Matt?

—Estará bien. Está contigo. Te dejo.

—De acuerdo, cariño, cuídate.

Cuelgo, con un regusto amargo en la boca y me voy a la ducha. Depilo todo mi cuerpo. No llevo idea de usarlo, pero nunca he tenido reparos en ello. Y a veces, eso tiene consecuencias que se quedan impresas en la piel. Paso los dedos por mi cicatriz y luego salgo de la ducha, enfadada. Me miro en el espejo y revuelvo mi cabello corto.

—No es el momento, Leo —casi escupo a mi imagen.

Saco las lentillas de colores, tal vez a mis ojos oscuros hoy les venga mejor algo de luz y acabo poniéndome unas de color verdoso. A los hombres les encantan las mujeres que no son blancas pero tienen los ojos claros.

Me pongo un vestido corto plateado, abierto hasta la cadera, sin espalda aunque con poco escote. Y, debajo, nada. Quiero sentirme sexy, viva, quiero que alguien abra la boca asombrado y quizá me lo folle, necesito algo que me anime porque no voy a desmoronarme. Soy Steel, tal y como me llamaban en la academia. Acero.

Paso por la oficina para el micro, que no tengo sitio para poner. Jackson me mira, calculando dónde podría enganchármelo. Saco una bonita horquilla con piedras brillantes y se la enseño. El micro es tan pequeño que encaja y me pongo dos en mi corto cabello.

—¡Caramba! —dice Ronaldo al verme. Su rostro, lleno de deseo, hace que me plantee que podría ser un buen candidato a ese polvo que llevo ¿meses? sin echar, pero veo cómo le mira Hope y me da que entre ellos hay algo. O no, pero vamos, supongo que donde tengas la olla...

—Había que estar sexy, ¿no? —digo sonriendo. Mira directamente a mis labios rojos y me devuelve la sonrisa.

—Veremos que dice *big boy* —comenta Hope.

—¿Brandon es *big boy*? —pregunto—. Ya bueno, es el más alto de todos, ¿no es así?

—No es por su altura por lo que se llama así —dice Jackson echándose a reír.

—Dile que le espero en la puerta del pub. Tengo que marcharme.

Ellos asienten y me largo. Lo que me faltaba, que encima de que es amable, que no está mal del todo, tenga un buen... arma.

Lo veo venir caminando por el pasillo, así que me meto en las escaleras y me largo. Necesito tranquilizarme. Tomo un taxi, cerrándome la gabardina negra que me he puesto. Al menos, hasta que llegue al local. Hago parar a un vehículo a dos manzanas y sin quitármela, voy a una cafetería cercana, donde me pido un trozo de tarta. Siempre me sienta bien comer un dulce aunque pocas veces me lo permito.

A las siete menos cinco acudo a la puerta. Brandon, *big boy*, está esperando. Va vestido de negro, se ha recortado la barba e incluso lleva un pendiente. No esperaba que estuviera tan atractivo. Sonríe al verme y me da dos besos. Empezamos la actuación.

Sin problemas, pasamos al lugar. Es un local de intercambio de parejas donde hay una pista central redonda en la que ya hay una pareja bailando de forma sensual. Nos acercamos al guardarropa y me quito la gabardina.

—¡Joder! —dice Brandon. Al volverme, su mirada me abrasa y siento que me palpita una parte de mi anatomía. Me encanta haberlo sorprendido.

—¿Te parece bien? —pregunto volviéndome despacio, para que no se pierda ni un detalle.

—Estás... espectacular, Leo.

—Llámame Lena, así se parece a mi nombre. Yo te llamaré *Big boy*.

—No, prefiero que me llames Brandon.

Parece molesto, pero en cuanto lo tomo del brazo, aparece una sonrisa, creo que falsa. Vamos hacia la barra y pide una cerveza. Yo quiero un combinado, necesito algo más.

—Debería acercarme un poco más a ti —digo sonriendo sensual—. Así no vamos a llamar la atención del tipo.

«Eso, Brandon», dice Ronaldo desde el micrófono, «acércate».

El hombre parece algo incómodo pero pasa su enorme mano por mi cintura, dejándola reposar en mi cadera, mientras tomamos nuestras copas y hacemos como si nos susurrásemos al oído. Nuestros ojos no se pierden una, hasta que localizamos al tipo que nos va a presentar. Como nos señala, Brandon mete la mano por la falda y muestra mi trasero desnudo. Buena jugada, aunque me ha puesto a mil.

Enseguida se acercan y el tal John nos presenta como conductores y mercenarios a sueldo. El tipo me mira con deseo, se nota, y Brandon me acerca un poco más a él. No sé si ha sido instintivo.

—Vamos a sentarnos y a hablar.

Vamos a una de las zonas más íntimas, con sofás de terciopelo rojo, como el nombre del local y nos sirven copas, de nuevo. Me siento entre el tipo y Brandon, que me pone una mano en el muslo. El hombre la mira y comienza a hablar.

—Me ha dicho John que trabajáis por la zona. Necesito un conductor, ¿cuál de los dos puede hacerlo?

—Los dos —dice Brandon—. Ambos vamos en *pack*.

—Tu hombre es muy celoso —dice el tipo, que se llama Biggs—; si no me cobráis el doble, me parece bien. El viaje es largo.

—¿De qué lugar hablamos? —pregunto. Pensé que estaba a tres horas.

—Nuevo México. Dos días de viaje, cinco mil dólares.

—Siete mil —dice Brandon.

—Seis mil y os daré el camión que tenéis que llevar.

—Hecho. ¿Cuándo salimos?

—Mañana, presentaros en el hangar de la calle Alamy, a las seis de la mañana.

—¿Y el pago?

—Mitad mañana, mitad, a la vuelta. Ahora, divertíos, quiero ver cómo le metes mano a esta hembra, ya que veo que no la vas a dejar.

—No hago sexo en público —dice Brandon.

—Venga, hombre, ya sabes lo mucho que me pone que me miren —contesto porque el tipo me da que desconfía.

Me levanto y, mostrándole mi culo al tal Biggs, me siento sobre el regazo de mi compañero, y comienzo a besarle el cuello. Él me sigue la corriente y pasa las dos manos debajo de mí. Siento su calor aunque no sé si el mío es más intenso. Acabo besándolo mientras noto que su chico está despertando.

—Os dejamos, creo que voy a buscar a alguien que sí me dé placer —dice Biggs.

John se va también y me aparto. Mis labios están hinchados, y no diré cuáles. Brandon parece azorado.

—Deberíamos levantarnos. Aunque yo...

—Sí, estás empalmado. Eso me halaga.

—Sabes que nos están escuchando, ¿verdad? —dice serio.

—Bah, que se la casquen si quieren.

Se echa a reír y me aparta con suavidad. Es verdad que en sus vaqueros negros hay un enorme bulto que quiero probar. Pero hay que ser serios, venimos a trabajar y no debo volver a caer.

—Está bien, vámonos —digo quitándome la horquilla y desactivando el micro. Él también toca un botón de su camisa y entonces se me ocurre una idea. Algo que me está apeteciendo desde hace rato.

Leo me arrastra hacia un lado de la sala, mientras yo vigilo. Tal vez ha visto algo. Me incomoda haberme excitado tanto, pero ¿quién no lo haría? Es realmente preciosa y su piel... suave y cálida.

Llegamos a un pasillo oscuro y miro a todos los lados. Ella me empuja contra la pared y se pone muy cerca.

—¿Qué pasa?

—Pasa, grandullón, que estamos solos —dice tocándose el oído—, y que bueno, ya que estamos...

Acaricia mi abultado pantalón y de repente caigo en lo que quiere, en lo que desea. Yo también lo haría, pero no debo.

—Leo, no es momento ni lugar, por mucho que quiera —digo apartando su mano. Ella parece contrariada y luego sonrío.

—Vaya, me sorprendes, ¿quién perdería la ocasión de echar un polvo rápido?

—Y si no estuviera de servicio, desde luego que yo no —insisto—. Eres preciosa y joder, me has puesto bien duro, pero como te digo, no es el momento, acabo de conocerte, ni siquiera sé dónde naciste o qué te gusta.

—El sexo, desde luego —suspira—, pero no sé por qué me lo imaginaba. Vámonos.

¿Qué ha querido decir? ¿Qué se imaginaba? La sigo mientras sale contoneándose, intentando calmar mi polla porque ha protestado y mucho por no ofrecerle un hogar calentito por un rato. Quizá he desaprovechado la ocasión, pero ¡joder! No me parece bien. Si hubiera sido Ronaldo no hubiera dudado ni un segundo.

Entramos en el coche y me pide que la lleve a su casa, donde se baja, lanzándome un beso. Incapaz de dormirme, voy a la oficina, aunque me imagino que no habrá nadie. No tengo ganas de nada, así que me hago un café.

—¿Cómo ha ido? —dice Logan saliendo de su despacho. Sus marcadas ojeras me están

empezando a preocupar. El tipo es muy reservado y últimamente, más.

Le explico casi todo, aunque él ha estado escuchando la conversación, quiere mi punto de vista. Los chicos se retiraron en cuanto salieron e imagino que estarán descansando.

—Eso es bueno, entrar en la organización, pero tened cuidado, han aceptado muy rápido. No quiero que os la jueguen. Mañana, antes de salir, que Jackson os ponga un dispositivo transdérmico para no perderos de vista.

—Sí, jefe. Oye, ¿qué te pasa? Tienes muy mala cara. ¿No duermes de nuevo o es la pierna que te molesta?

—Sí, eso es, la pierna está dando por saco. Me cambiaron la prótesis y no me siento muy cómodo.

Se va y me da la sensación de que no es eso. El tipo es muy sufrido, cuando le destrozaron la pierna, fue capaz de hacerse un torniquete y aun así, acabar con los malos. Entre nosotros, a veces le llamamos Rambo, aunque no se parezca físicamente.

Faltan un par de horas para salir de viaje. Me doy una ducha y al volver a pensar en Leo me pongo duro y me descargo. Seguro que eso me relaja. Luego, preparo el equipaje, pongo mi alarma y me acuesto un rato en la cama.

Creo que acabo de cerrar los ojos cuando suena la alarma. Ahora es a mí a quién me duele el cuerpo. Me levanto, ojeroso y me visto. En la sala ya está Leo tan fresca como una lechuga. Jackson le está poniendo el dispositivo bajo la piel del brazo.

—Buenos días, ¿has dormido algo? —dice Jackson. Me encojo de hombros y me preparo un café. Todavía estoy incómodo con Leo y no sé cómo va a funcionar el tema de trabajar juntos un par de días. Cojo un bollo y me lo empiezo a comer despacio, sin sentarme.

Jackson viene con su cacharrito para meter el dispositivo. Dura tres días, y luego se deshace en el cuerpo. Me da un pinchazo y se va a su oficina, a comprobar que todo esté bien.

—Oye, Brandon —dice Leo levantándose y viniendo hacia mí—, siento lo de anoche. Fue una proposición inadecuada. No volverá a suceder.

—Ya, el momento.

—He trabajado varias veces como infiltrada y digamos, que me meto mucho en el papel —dice con una sonrisa felina. Suspiro. Qué difícil va a ser.

—Ey —dice Hope apareciendo—. ¿Todo bien?

—Sí —contesto mientras apuro el café. Ronaldo aparece y mira a Leo, que lleva una sudadera y vaqueros y a pesar de ello, está tan preciosa como ayer con ese vestido. Retiro la vista y Hope le hace una seña a Leo, tal vez quiera advertirle sobre Ronaldo. Se la lleva a su habitación y Ronaldo se acerca a mí.

—¿Te la tiraste o no? Porque está buenísima.

—Ronaldo, a diferencia de ti, yo no pienso con la polla.

—Eso es que no. Joder, qué lástima. Al final se te caerá a trozos si sigues pensando en Melody.

Veo que entran ambas. Leo está seria. Hope, enfurruñada, aunque ese es su estado natural. Entra el jefe con Jackson y nos hace una señal para ir a la sala de reuniones. Nos sentamos alrededor de la mesa y mi compañero enciende la pantalla grande.

—No sabemos muy bien dónde os mandarán, pero os seguiremos gracias a los dispositivos que os han implantado. Como os tendremos localizados, no estaremos muy cerca, para evitar sorpresas. Debéis recoger el material y volver.

—¿No vais a detener a quien lo proporciona? —pregunta Ronaldo.

—No, hasta que no se entregue aquí. Hay que saber a quién y después, ya detendremos a todos. Ha sido un contratiempo tener que viajar a Nuevo México, porque nos acorta el tiempo de maniobra. Aunque si es para detener a un fabricante de bombas, bienvenido será. Es obvio deciros que tengáis cuidado y que, ante cualquier sospecha de ser descubiertos, os larguéis. Como te dije ayer, me pareció que aceptaron muy pronto, sin conoceros.

—Jefe, si me permites —dice Leo—, hicimos un buen trabajo. Creíble.

—No lo dudo, pero esta gente es desconfiada por naturaleza. Es posible que el que os introdujo lo hiciera bien, no lo sabemos.

—¿Y si puede ser una trampa, por qué enviarlos? —protesta Jackson.

—Puede ser, es una posibilidad, pero no lo sabemos con certeza así que preparaos. Jackson, te quedas aquí en vigilancia, Ronaldo y Hope irán en dos coches distintos para turnarse y que no los identifiquen. Procurad no llamar la atención —termina levantando una ceja. Todos sabemos que ambos tienen problemas para ello. Mi compañera es muy temperamental y Ronaldo se mueve por sus partes bajas.

—Son profesionales, jefe —acabo diciendo. Y lo son. La mayor parte del tiempo. No estamos en Omega por ser obedientes soldados y Logan lo sabe.

—Largaos. Informe cada tres horas, Brandon. Estás al mando.

Asiento mientras miro de reojo a Leo. No parece molesta, pero sé que está pensando en algo.

Con la bolsa a cuestas, tomamos el metro y llegamos caminando hacia el almacén donde nos esperan. No hemos hablado casi nada, la incomodidad se puede cortar con un cuchillo y sacar lonchas para extenderlas por un campo de béisbol.

Cuando llegamos, veo un camión de mediano tamaño no muy nuevo. Hay un tipo que nos mira desconfiando, pero el jefe sale y nos hace una seña para entrar. Nos cachean y miran nuestras bolsas desordenando todo. El jefe nos indica que vayamos a una oficina destartalada.

—Este es el lugar —dice dándome un papel donde hay anotada una dirección de Nuevo México—. En el camión lleváis componentes electrónicos, para legalizar la entrega. Hay un doble fondo donde os meterán la mercancía que tenéis que recoger. Es fácil y rápido.

—¿Luego volvemos aquí? —pregunta Leo y el tipo la mira con cierto desprecio. Se dirige a mí para contestarme.

—Os daré una dirección por teléfono —dice dándome un sencillo teléfono analógico—. Cuando estéis a diez millas de la ciudad, llámame al número grabado.

—¿Y el dinero? —pregunto.

—Sí, claro.

Me da un sobre con tres mil quinientos dólares. Ahora sé que deberíamos haber pedido más. Lo acepto y me lo meto en el bolsillo. Sí, creo que aquí hay gato encerrado.

Nos despedimos y subimos al camión. Lo saco de la ciudad y avanzamos por la carretera. Es un vehículo no muy nuevo, pero tiene ordenador y GPS, supongo que también un localizador.

Leo saca un iPod, me figuro que para escuchar música, pero lo pasa por todo el camión.

—No hay micros —comenta dejándolo de nuevo en su mochila.

—Qué juguete tan interesante, ¿te lo ha dado Jackson?

—No, es de un trabajo anterior. Creo que uno de los tipos del almacén me sonaba, aunque ahora no recuerdo de qué.

—Tenemos un largo camino, por si quieres dormir —ofrezco, pero ella niega con la cabeza.

—Oye, Brandon, que de verdad siento lo de ayer.

No la miro pero su tono es real, está avergonzada.

—Yo no soy así, me gusta el sexo, y te dije que me implicaba demasiado, que me metía en el papel y es cierto, pero eso siempre me trajo problemas.

La miro de reojo, pero ella desvía la vista hacia la ventana. Se pone los auriculares y se queda callada.

Me pregunto qué será lo que le ha pasado. Después de cuatro horas, decido parar, estoy cansado y necesito un café doble. Llegamos a un bar de carretera con gasolinera y aprovechamos para volver a llenar el depósito, pagando con la tarjeta que había en la guantera. El sitio está bastante despejado, apenas hay un par de coches.

—Yo también necesito un café —dice ella y yo asiento. Cerramos el camión y vamos a la cafetería donde nos mira un hombre de ojos huidizos. Le pedimos unos cafés. Tiene dos bollos empaquetados de a saber qué fecha, pero tengo hambre.

Después de tomar el café, que sorprendentemente está bueno, nos estiramos un poco. Leo va al baño y yo espero junto al camión. Un coche para junto a mí y salen cuatro tipos con mal aspecto. Y por mal aspecto, quiero decir, armados con bates y cadenas. Sí que empezamos bien.

—Joder, joder —digo cuando después de ir al baño me miro al espejo.

Hope me ha dado un repaso en la oficina del siete. Sabía que Brandon era un buen tío, pero no tanto. Según ella, es el más decente de todos y literalmente, me ha dicho que como le joda la vida, me dará una paliza que me dejará la boca para tomar sopas. Y sé que no está enamorada de él, pero no pensé que lo defendería de forma tan fiera.

Por eso, me he disculpado otra vez, ante su atónita mirada. Es cierto que cuando estuve infiltrada la última vez, la jodí bien. Me colgué por el tío equivocado y acabó muerto. Muerto cuando nos íbamos a marchar para siempre. Y sí, seguramente lo nuestro no hubiera tenido futuro. O tal vez sí. Murió entre mis brazos. A lo que contesté disparando a todos. Nadie supo qué pasó, pero después de ser la única superviviente y de que mi relato no acabara de convencerle, mi jefa me dio unas semanas libres, y me largué a casa de mi madre. Fueron unos buenos días. Necesitaba descansar.

Prefiero no tener ni siquiera amistad con este tío. De todas formas, en un mes o dos me largaré porque su compañero está deseando salir a la calle. El problema es que ahora que es una prohibición, que encima el tipo parece decente y es rematadamente atractivo, todavía le tengo más ganas. ¡Joder!

Escucho un frenazo fuera y salgo con precaución del baño. Un coche se ha parado junto al camión y cuatro tipos armados y con pinta de granjeros locos se han bajado. Sé que esta ruta es propia para los atracos, pero ¡acabamos de empezar! Brandon parece hablarles calmado, para que se larguen, se equivoca, no son de esos tipos.

—Hola, guapos, ¿algún problema con mi chico? —digo apareciendo por detrás. Al principio se sobresaltan, luego sonríen de forma lasciva. Parece que les leo las mentes.

—Mira, negrita, mira cómo vamos a quedarnos con vuestra carga y después te follaremos bien. Es muy sencillo —dice el primero.

Brandon se lanza contra él y lo tira hacia el vehículo, otro coge el bate de béisbol y lo golpea.

Mi compañero ha puesto el brazo, que para en parte el golpe. Me lanzo a por el de la cadena que ya la estaba bandeando. Supongo que no esperaba que una «negrita», pudiera agarrarle del cuello y golpearle hasta dejarlo inconsciente.

Mi compañero tiene una brecha en la cabeza, con sangre que le baja hasta el ojo, pero se defiende. Dos tipos están peleando con él. El cuarto saca una navaja bastante grande y va corriendo hacia él. Lanzo la pierna y le doy una patada para que la suelte. Entonces, se vuelve hacia mí. Es tan grande como Brandon y sonríe con dos dientes de conejo tan falsos como una moneda de cinco dólares.

—Bueno, zorra, vamos a divertirnos.

Eso de que los malos siempre tengan que decir su frase antes de atacar hace que mi primera patada vaya a sus dientes, que saltan al suelo. Eran un insulto a la estética.

El tipo, con la boca ensangrentada, saca una pistola de detrás de su pantalón, pero aprovecho para darle una patada en los huevos y cae de rodillas. Los golpes se suceden, hasta que alguien me coge de la cintura y me aparta. Me revuelvo y el tipo malo se queda en el suelo, sin moverse.

—Tranquila, joder, vámonos —dice Brandon con el rostro ensangrentado.

El tipo de la cafetería nos mira con pena. Ahora ya sabemos por qué nadie para aquí. Nos largamos, dejando cuatro cuerpos malheridos. Esta vez conduzco yo, porque mi compañero se está limpiando la sangre de la cara. Tiene un ojo tocado, tal vez la ceja partida.

—Mierda, pero ¿qué coño...? —digo golpeando furiosa el volante.

—Busca un motel y pararemos para ver los daños —dice Brandon. Llama al jefe y le explica lo que nos ha pasado.

Hago marcación rápida para explicar todo.

—Creo que ha sido un atraco, Logan, quizá la ruta no es segura. No volveremos a parar en ningún sitio en el que no haya coches.... Sí, estamos bien.... Luego vuelvo a llamarte. —Miro a Brandon que se está limpiando como puede la sangre—. Creo que no estás bien. Oye..., hay un motel a tres millas.

—Para solo si hay gente.

—Sí, sí.

Preocupada, lo miro de reajo. Hay que saber si tiene conmoción. El golpe ha sido muy fuerte. Yo también estoy magullada, aunque no como él.

Paramos en el motel que tiene un parque infantil y está lleno de gente. Me arreglo un poco y reservo una habitación. Sacamos el botiquín del camión y vamos hacia ella. Algunas personas nos miran con miedo y se alejan deprisa.

Cuando llegamos, Brandon deja la bolsa con rabia.

—Déjame ver —le digo y lo hago sentarse.

—¿Tú estás bien? ¿Te han golpeado?

—Yo les di antes, posiblemente alguna magulladura, nada importante.

Él asiente y se deja hacer. Creo que tiene algo de conmoción. El golpe en la cabeza ha sido

fuerte. Lo limpio lo mejor que puedo y también la cara.

—¿Estás bien? Quizá deberíamos ir a un hospital.

—He tenido golpes más fuertes que estos. Acabemos.

Termino de limpiar y vendo la herida que es bastante superficial, aunque no sé hasta qué punto el golpe le habrá afectado.

Lo dejo allí y me meto al baño. Me quito la sudadera. Aunque no soy muy propensa a que me salgan moretones, llevo varios en el costado y en las piernas. Nada importante. Pienso en esa gentuza y mi reflejo me devuelve esa mirada salvaje que no quiero dejar salir.

—¿Estás bien? —dice Brandon desde fuera.

—Sí, ahora salgo.

Me lavo la cara y me mojo la cabeza.

—Vamos a comer algo —dice después de salir del baño él también. Se ha lavado y su rostro, aunque contraído, está mejor.

Caminamos hacia el restaurante tras echar un vistazo alrededor. Pedimos el plato del día y nos sentamos en una mesa desde donde no perdemos de vista el camión.

—¿Crees que ha sido un simple atraco? —le pregunto y él niega con la cabeza.

—Todo esto deja mucho de ser simple. Podrían ser unos atracadores, no lo descarto, avisados por el tipo del restaurante.

La camarera trae nuestros platos y dos refrescos con cafeína. Comemos en silencio. Un mensaje suena en ambos móviles.

«¿Necesitáis que vayamos?», pregunta Hope. Brandon le contesta que no. Yo no estoy tan segura, pero cuando nos tomamos el segundo café, nuestro ánimo ha mejorado.

—¿Qué te pasó antes? —pregunta mirándome a los ojos. Sé qué quiere saber y no lo voy a decir.

—Nada, solo defendía a mi compañero.

—Lo sé, Leo. Pero estabas... furiosa.

—¿Vas a interrogarme? ¿Es que todo te parece mal?

—No, pero...

—Será mejor que nos vayamos. Conduciré yo.

Me levanto y pago la comida. Salgo sin esperarlo. Claro que estaba furiosa, joder. Subo al camión y lo espero. Su caminar es lento, con una seguridad que traspasa sus poros, algo que me irrita, a pesar de que lo respeto. Como compañero y como hombre. No debo dejar que se duerma, por si tiene una conmoción, así que le pregunto por el grupo Omega.

BRANDON

Sé que ha perdido el control, que tal vez hubiera matado al tipo y no digo que no lo merezca, pero de alguna forma, es inestable. Ese tipo de personas que son letales y capaces de acabar con alguien de una forma espeluznante. Y no es que yo no lo haga, aunque aprendí hace tiempo que debía estar justificado.

Me siento a su lado, mientras arranca el motor. Me duele la cabeza demasiado, el golpe, aunque paré en parte, me dio fuerte. Llevo un gran hematoma en el antebrazo; ya se pasará.

—Cuéntame algo del grupo, no sus intimidades, pero tengo curiosidad sobre cómo surgió.

—Tú sabes que hay ciertos... casos... que no pueden resolverse de la forma habitual. Y no me parece bien hablarte sobre mis compañeros, ellos pueden hacerlo si quieren, pero te puedo contar de por qué entré aquí.

—Claro, lo comprendo —dice sin quitar la vista de la carretera.

—Conocía a Logan de una intervención de la Compañía en Irán. Coincidimos allí. Él estaba destinado, era capitán de un regimiento, mientras que yo me había especializado en descifrado de mensajes.

—Caramba, con lo grande que eres, pensé que eras más fuerza bruta que otra cosa.

—No digo que no entrenase de forma física —sonríó—, pero desde muy pequeño me intrigaron los jeroglíficos. Mi padre era arqueólogo, y mi película favorita ha sido siempre Indiana Jones. Yo quería ser él, pero acabé formándome en criptoanálisis y después en Inteligencia y Seguridad Nacional, además de jugar en un equipo de rugby.

—O sea que eres un cerebritito —dice medio sonriendo.

—No te burles. Es cierto que se me da bien el tema de los códigos, no sé, es como si los viera en mi cerebro. Es algo extraño. Una vez me dijo una profesora que tenía algo así como pensamiento lateral para reconocer patrones, pero no soy un cerebritito como tú dices.

—Perdona, Brandon, no pretendía burlarme. Me asombra. No eres el típico...

—Tampoco Jackson es el típico *hacker*, ni mis compañeros son normales. Logan nos escogió

a propósito, supongo.

—Y Logan, ¿cuál es su historia?

—Si quieres saberla, pregúntale.

Se queda callada. Puede que haya sido muy brusco y no me importa contarle mi vida, pero no la de los demás. Nos sumimos en nuestros pensamientos.

Trabajar de analista me aburría soberanamente. Agradecí que un día me encontrara con Logan y me dijera que estaba montando un equipo. No sé si fue casualidad, pero dije que sí al instante. Siempre he confiado en él y no me equivoqué. No quería estar metido en una oficina las 24 horas del día.

—Lo siento, Leo. No quería ser brusco.

—No pasa nada, lo entiendo y me gusta que seas leal a tus compañeros.

—¿Y qué hay de ti? ¿Siempre en el FBI?

—Los últimos cinco años, sí —contesta sin perder de vista la carretera—. Estuve antes en la policía, en Washington. Allí me captó mi jefa. Suelo trabajar de infiltrada, como te has dado cuenta, no soy muy dada a compartir tiempo con mis compañeros.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Se encoge de hombros y se queda callada.

—¿Melody es tu novia o tu ex?

—Joder, Leo —me remuevo y miro por la ventana. Me estaba quedando dormido y ahora me tiene que recordar los peores momentos de mi vida. Muevo la cabeza, molesto—. Mi ex y te prohíbo preguntarme por ella.

—¿Te dejé por este trabajo de mierda que tenemos?

Vuelvo a callarme. Supongo que con eso le doy la razón, pero ni ganas de hablar del tema.

—Yo me lie con un tipo de la familia de narcos donde estaba infiltrada. Lo mataron por mi culpa, supongo, porque él quiso ayudarme. Lo que te decía, un trabajo de mierda.

No contesto, pero me incorporo un poco más en el asiento. Tal vez ella se abra, aunque ahora aprieta los labios y se queda callada. Miro en el GPS y según el tacómetro debemos parar en menos de media hora. Esto coincide con Filadelfia. Aparcamos a las afueras para dar una vuelta corta y estirar las piernas. En una hora volveremos a salir y ya dormiremos en Pittsburgh.

Entramos en una cafetería cercana a meternos café en vena. Saco una pastilla para el dolor de cabeza y me la trago.

—¿Seguro que no quieres ir a un hospital? —pregunta mirándome. Hago un gesto con la cabeza y veo una constelación de estrellas que quieren joderme el día—. No es el primer golpe que me llevo.

—Tú mismo, pero si te caes, te dejaré tirado en el suelo.

La miro, sin saber si reír o enfadarme. Ella va a la barra y pide café y un par de trozos de tarta. Paga mientras me siento en uno de los bancos de piel falsa y madera rayada.

Se sienta y una camarera trae café y dos tartas distintas, una es rojiza y la otra de chocolate.

—¿Cuál quieres? —me dice señalándolas.

—Me da igual. No tengo preferencia.

—Entonces las partiremos y las probarás ambas.

Enseguida se arregla para dejar dos trozos iguales en cada plato y mientras sorbo el café, ella le da buena cuenta a los suyos. Yo preferiría una buena hamburguesa, pero imagino que la tomaremos más tarde.

—Vamos, hombre, dale a la tarta.

Cojo la cuchara y la pruebo. Creo que ambas están deliciosas. Mientras comemos en silencio, siento que no me pierde de vista.

—Estoy bien. No me mareo ni nada.

—No es eso, Brandon. Es que es extraño.

—¿El qué es extraño?

—Tú. Eres... diferente.

—¿A qué te refieres? —pregunto, pero entonces me suena el teléfono.

«Brandon, ¿todo bien?»

—Sí, jefe. Hemos hecho una parada en Filadelfia, nada que destacar. En una hora nos marcharemos y haremos noche en Pittsburgh.

«Jackson ha seguido la pista a un tipo por la web profunda y comenta que están hablando de cinco objetivos. Esto es grave. Tenéis que averiguar como sea y lo que sea».

—Sí, Logan, haremos lo posible.

Le cuento a Leo las nuevas y su rostro se preocupa.

—Puede que en ese lugar de Nuevo México haya más información. Podemos recoger la mercancía y venir rápido o intentar sonsacar lo que tengan allí.

—Esas no son las órdenes. Si metemos la pata allí, no llegaremos a Nueva York a tiempo y...

—¿Y qué más da? Si no le llevamos los explosivos, si retrasamos la entrega, tal vez sea mejor.

—Leo, es mejor capturar en Nueva York a la cédula terrorista que a unos marchantes de explosivos. Y son nuestras órdenes —insisto.

—O mejor todavía capturarlos a todos —contesta enfadada—. ¿Siempre sigues las órdenes?

—Mira, Leo, no quiero discutir contigo, pero yo estoy al mando y haré lo que Logan me diga que hay que hacer. Eso no significa que no pueda pensar por mí mismo, pero no me gusta improvisar si no es necesario y si pone en peligro a miles de personas.

Ella se queda callada, se levanta y sale de la cafetería. Me levanto a pagar y la sigo, contrariado. Demasiado impulsiva y, desde luego, impredecible. Ella ya está subida en el camión, detrás del volante y me coloco en mi asiento sin decir nada. Veo unos faros cerca que parecen encenderse cuando arrancamos. No sé si serán los chicos.

Mando un mensaje para comprobarlo.

«¿Alguno en Filadelfia?»

«Sí, detrás de tu culito», contesta Hope.

«Vamos a dormir a Pittsburgh. Nos vemos allí».

«De acuerdo».

—Es Hope.

—Ya lo imaginaba —dice Leo—. Oye, Brandon. ¿De verdad no crees que es mejor reventar a los traficantes? A saber a cuántos delincuentes están vendiendo su mercancía.

—No me hace ni puta gracia que gentuza así esté libre, pero los tendremos localizados y avisaremos al correspondiente departamento, una vez volvamos. Necesitamos saber qué planean.

—Sí, veo el punto y, si se hiciera de forma discreta, lo mismo...

—Lo siento, pero no.

Da un volantazo para salir de la zona de aparcamiento y veo su rostro tenso. Aquí hay algo más que no quiere contar.

«Siempre siguiendo órdenes», bufo mientras salgo del aparcamiento. No puedo remediarlo, el problema de seguir las reglas a rajatabla es que ocurren cosas malas. Un tipo desde su despacho no puede ni debe decidir lo que sucede sobre el terreno. Eres tú, desde el punto de vista en el que conoces todas las circunstancias, quien debe tomar la determinación. Y sé que esto no es correcto, que algo ha sucedido desde el principio. En eso coincido con Brandon. Algo no va bien. Por eso, mi propuesta es arrasar con todo.

Lo veo más centrado, sabía que el azúcar le iría bien para recuperar fuerzas. Supongo que esta noche podremos descansar. He notado que tiene más ojeras que ayer y no sé si durmió algo. Yo tampoco, aunque por lo general suelo dormir unas cuatro horas. Estoy acostumbrada.

Conducir me relaja mucho y este camión va bien, el motor lleva el ritmo adecuado y no hay demasiado tráfico. Paramos para otro café rápido y luego él se pone detrás del volante. Parece estar recuperado del todo. Acudimos a un motel para camioneros y pedimos solo una habitación, por si acaso. Lo bueno es que hay vigilancia en el aparcamiento, aunque nos cueste algo más de pasta. Después de tomar dos enormes hamburguesas, vamos a descansar.

Brandon se mete a la ducha mientras yo le doy un toque a mi madre. Últimamente está algo delicada. Menos mal que Matt no se lo pone difícil. Nuestra conversación es breve, como siempre, con un deje de reproche en su tono. Hace meses que no paso por su casa. Supongo que me duele demasiado.

Levanto la vista cuando aparece mi compañero con un sencillo pantalón y el cabello mojado. Su cuerpo enorme y musculoso es un regalo para la vista, pero, aunque ardiera en deseo, no lo voy a tocar.

Él se sienta en la cama y coge el móvil mientras yo me voy a duchar. Cuando froto mi cuerpo, un calorcillo interno me recorre y siento ese deseo que no quería, porque ver a ese hombre ha despertado en mí algo primitivo, casi salvaje. Me acaricio, gimiendo en silencio, hasta que me dejo ir. Mis pechos están duros y quieren que alguien los succione, alguien tan grande como mi

compañero. No estoy satisfecha del todo y eso me cabrea. Tal vez debería salir a buscar lo que no obtengo aquí.

Reconozco que soy impulsiva y que el sexo me calma. Será eso. Salgo, envuelta en la toalla y miro a Brandon, que está echado en un lado de la cama, con los ojos cerrados.

—Oye, voy a salir —le digo.

—¿Cómo que vas a salir? ¿Dónde? —dice mirándome desde la cama.

—Algo fácil, hombre, quiero echar un polvo, algún tipo habrá por ahí que me tenga ganas.

—¿Tanto... lo necesitas? —pregunta sentándose.

—Me ofende que digas que lo necesito —digo acercándome para mirarlo a los ojos—, pero me calma el ánimo. Solo es un polvo rápido, ¿qué más te da?

—Resulta que sí que me importa —dice cabreado.

Sin que yo me lo espere, me toma por la cintura, me echa en la cama y se pone encima de mí, respirando agitado. Noto su dureza sobre mi muslo y eso me pone a cien.

—Vaya, vaya, *big boy*, a ver si es que tú también lo necesitas —digo, pero su boca no me deja seguir hablando. Él me invade con sus besos profundos, rudos y apasionados, me hace gemir por dentro y humedecerme por fuera, mientras sus manos han conseguido quitarme la toalla y ya están aprisionando mis pechos, que se levantan y se clavan en su piel.

Meto mi mano en su duro trasero y acaricio su cuerpo, su espalda con cicatrices, mientras él explora mi cuello, regándome de placer. Succiona mis impacientes pezones y siento que podría explotar. Luego, baja por mi vientre, deteniéndose en cada centímetro. Estoy impaciente y empujo su cabeza más abajo, lo que consigue sacarle una leve risa. Una red eléctrica me recorre la piel, creo que si apagásemos la luz, se verían chispas encima.

Atrapa mi humedad, y joder, sí que sabe usar su lengua. Me hace alcanzar un pleno y luego lo atraigo hacia mí, bajo sus pantalones y veo a su enorme chico, que está más que preparado.

—Vamos, necesito esa enorme cosa en mí —río—. No necesitas condón si estás sano. Estoy preparada para ello.

No lo duda, se pone encima, y mirándome a los ojos, se introduce despacio, preocupado por si me hace daño, pero yo siento que es justo lo que quería, lo que necesitaba. Me empiezo a mover, impaciente porque él me empuja contra la cama, contra la mesa o en el suelo, me da igual.

Él sonríe y se entrega a fondo, y nunca mejor dicho. Sus embates son fuertes, yo no soy delicada y lo sabe. Si fuéramos pedernal, la habitación estaría en llamas.

Mi orgasmo se acerca, mientras paso las piernas por su cadera, agarrándome como una loca, me coge en brazos y me aplasta contra la pared, sin sacar su chico de mí, y eso me lleva al abismo. Joder, que un tío sea tan fuerte como para hacértelo contra la pared, no me había ocurrido nunca. Estoy colgada de él, mientras se mueve y cuando veo que en el espejo se refleja su culo musculoso haciendo fuerza, hundiéndose sobre mí, me dejo ir, gritando y entonces él gruñe de placer, y siento su calidez dentro de mí, bombeando un buen rato, hasta que para y apoya su frente en la mía.

Respiramos agitados, satisfecha por fin. Sin soltarme y sin salir de mí, va hacia la cama. No sé cómo lo hace ni qué habilidad tiene, pero se echa conmigo todavía unidos. Me quedo sentada sobre él, mirándole todavía jadear.

—Tenías un gran secreto ¿eh? —digo sonriendo. Él pasa los brazos detrás de la cabeza y puedo admirar sus tríceps bien delineados. Eso me vuelve a poner a cien. Si es que cuando estoy excitada, soy insaciable.

Le sorprendo y empiezo a moverme suavemente sobre él. Tal vez le deba dejar un tiempo de recuperación, aunque no me importa. Podría correrme solo de verlo.

Su chico empieza a ponerse duro de nuevo. Sonríe curioso y sus enormes manos se meten entre su polla y mi centro de placer. Él me acaricia, y ronroneo. Sigo balanceando mi cadera, y él endureciéndose. Sabe manejar los dedos, y con unos movimientos circulares, me está llevando de nuevo al clímax. Noto que su respiración se acelera. Me muevo hasta que rompo otra vez, y él me agarra de las caderas, hundiéndome en él, y se deja llevar.

Agotada y satisfecha, me dejo caer sobre su cuerpo. Nuestras respiraciones agitadas se van calmando. Brandon cierra los ojos y me da un beso suave en la cabeza. Escucho su corazón que va a toda máquina, tal vez como el mío. Ni siquiera con Grant había sentido algo así, tanto placer... no es posible. Quizá estaba demasiado necesitada.

Noto que se ha dormido, pero no me apetece irme de este lugar y a él no parece molestarle. Eso sí, salgo de él y me acuesto a su lado. De forma instintiva, pasa su brazo por mi cintura. Echaba de menos dormir al lado de un hombre que se preocupa por ti. Aunque sea lo suficiente como para evitar que me vaya echándome uno o varios polvos.

Puede que duerma un poco más esta noche, tal vez sea así.

Me despierto sin dolor de cabeza. El sexo, desde luego, y más cuando ha sido tan espectacular, despeja de maravilla.

Siento a Leo dormida a mi costado. Todavía no ha amanecido y me quedo un rato, con su calorcito agradable. No puedo creer que al final lo hiciera. Quiero convencerme de que fue para que no se marchase, pero sé que no es así. Que la deseaba desde la primera vez que la vi poner firme al detenido. Tiene algo salvaje, indómito, impulsivo, que me atrae mucho. Por eso quería alejarme, pero se ve que no soy hábil en ello.

—Escucho las dos ruedas que tienes en tu cerebro —dice riéndose.

—No seas cabrona. Quizá no debimos...

—Y tú no seas exagerado. El sexo entre compañeros es más normal de lo que tú te crees.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Me levanto, mientras ella se despereza desnuda en la cama. Joder, volvería a lanzarme sobre su cuerpo. La miro de reojo y ella sonríe. Mejor si me doy una ducha bien fría. Debemos ponernos en marcha ya.

Cuando me estoy duchando, la anticuada cortina de plástico se abre y aparece ella, magnífica y desnuda.

—Salgo ya.

—No, ¿para qué?

—Leo, esto no tiene que...

Se pone delante de mí y su mano me acaricia arriba y abajo. Como no todas las partes de mi cuerpo me obedecen, enseguida me pongo duro, mucho. Ella bebe el agua que baja de mi barbilla, lame mi pecho y de nuevo quiero empotrarla, joder. Se baja hasta ponerse de rodillas, y se deleita recorriendo mi polla con la lengua. La levanto, cierro la ducha y la llevo a la cama donde volvemos a unir nuestros cuerpos húmedos.

Respiro agitado cuando me retiro. Ella me mira divertida.

—Tengo hambre —dice—, será mejor que desayunemos rápido.

Vuelve a la ducha y maldigo en silencio. Esto no es bueno. Me visto rápido y bajamos al restaurante, no sin antes mirar el camión y comprobar que no hay problema.

Desayunamos de forma abundante. Leo vuelve a su estado habitual algo serio, aunque de vez en cuando me mira y suelta alguna indirecta. Yo no paro de mirar alrededor hasta que ella me toma de la mano y sonrío, como si me estuviera diciendo algo cariñoso.

—¿Tú también lo has notado, verdad?

—Sí, y no sé por qué nos vigilan, siendo que somos unos transportistas cualquiera.

—¿Quieres que les interroguemos? —dice pasando su dedo por mi mano.

—No, veremos a dónde nos lleva todo. Tenemos dieciocho horas hasta Kansas, te propongo que las hagamos de tirón, sin descansar. Me da mala espina.

—Me parece bien. Compraré algo de comer y abundante cafeína.

—Bien, voy a echar un vistazo.

La miro que va al baño y salgo al camión. Veo a Ronaldo a lo lejos, parado a unos cincuenta metros. Me entra un mensaje.

«Además de nosotros, tenéis dos pájaros detrás, acabo de reconocer a uno y no me gusta nada. Tiene contacto con los albanos».

«¿Querrán atracarnos?».

«Ni puta idea, pero andad con cuidado. He avisado a Logan. Ha dicho que avisará a un par de conocidos que tiene cerca».

«Hoy conduciremos de tirón a Kansas. Descansa lo que necesites y díselo a Hope».

«Ella se ha adelantado, conoce la ruta. Por cierto, ¿has pasado buena noche? Te veo relajado».

«Vete a la mierda».

Cierro la aplicación no sin antes ver algunos emoticonos que tienen un significado muy claro. Menos mal que no era el chat del grupo. Este tío siempre igual.

Leo sale con una bolsa llena y subimos al camión. Esta vez me toca a mi conducir y mientras nos incorporamos a la autopista, le cuento lo que me ha dicho Ronaldo. Ella asiente.

—Creo que vi un tipo que me sonaba, es posible que sea de eso. Hace tiempo estuve en un tema de tráfico de armas y era un grupo de albanos quien lo llevaban.

—¿Te habrá reconocido?

—No creo. Nunca me descubrí como policía. Me detuvieron también, de hecho, los polis me dieron una paliza. Luego hubo disculpa oficial. Se la podían haber metido en los cojones.

—Lo siento, Leo.

—Bah... Este trabajo es así.

—¿Y tu familia? O sea, ¿saben lo que haces?

—Solo tengo a mi madre y... bueno, sí, ella sabe que estoy en el FBI y que desaparezco a menudo. Supongo que, como toda madre, sufre por ello. Pero tiene a mi hermano para acompañarla. ¿Y tu familia?

—Mis padres viven en Europa. Cuando se jubilaron, decidieron viajar por el mundo, y de repente, descubrieron una ciudad del sur de España, Málaga, y decidieron quedarse allí.

—Muy lejos, desde luego.

—Procuro viajar un par de veces al año para verlos y hablamos por teléfono o video conferencia a menudo. Mi padre tiene un grupo de jóvenes a los que les ha transmitido su pasión por la arqueología y mi madre, que es enfermera, se ha implicado con la comunidad. Además, están aprendiendo un baile de allí. Se nota que disfrutan de la vida.

—Es bonito... poder disfrutar de una vida normal.

Me echo a reír y la miro. Ella frunce el ceño.

—¿De verdad querías una vida normal? Me parece que tú no eres así.

—Mmm, vale, no soy así. Pero eso no significa que en algunos momentos me gustaría tenerla.

—Ser policía e infiltrarse está bastante reñido con eso, pero hay muchos agentes que pueden normalizar un poco su vida. Quizá es cuestión de cambiar de destino.

—¿Por un hombre? No creo que lo hiciera.

—No por un hombre, por ti —digo mirándola de reojo. Me mira sorprendida y asiente.

—Tal vez sea así. Puede que algún día tome una decisión que cambie mi vida, pero solo si puedo descargar mi adrenalina.

—Estás muy acostumbrada a emociones fuertes, tal vez con el tiempo, no las necesites.

—No lo hago. Solo soy así.

—La gente cambia, Leo. Lo que te parece importante ahora en un tiempo quizá no lo sea.

—Además de follar bien eres un filósofo. Lo tienes todo, *big boy*.

Noto la ironía de sus palabras y no quiero entrar en polémica. Quiero que mi vida sea sencilla y cuando Melody rompió conmigo, sentí no sé si alivio, no creo que esa sea la palabra, pero sí una responsabilidad que me había echado a mis espaldas desapareció. Ella era adorable, preciosa y nos entendíamos bien en la cama. No como con mi leona, desde luego.

—¿De dónde viene tu nombre?

—De Leonora. Tengo una mezcla curiosa. Mi madre es hawaiana, mi padre era de Texas. Mi abuela materna era francesa y mi abuelo era hawaiano, aunque también tenía ascendencia japonesa.

—¡Joder!

—Mi abuela materna, la francesa, se llamaba Alienor, que derivó en Leonora. Leo es más corto.

—El cóctel salió bien —digo—. ¿Y cuántos años tiene tu hermano?

—Cinco. Mi madre lo tuvo un poco mayor, aunque es joven todavía. Yo nací muy pronto.

—Me hubiera gustado tener algún hermano, aunque he de decir que en Omega me siento como si todos lo fueran.

—Ya he visto que te llevas muy bien con Jackson.

—Es un tipo muy legal, aunque en su tiempo no lo fuera —digo riendo—, y sí, es con quien

mejor me llevo, pero también con los demás. Hope, por ejemplo, es una tía impresionante. Estuvo en los marines y tiene varios premios de tiro.

—¿Y Ronaldo? Se ve muy...

—Sí, es muy... pero aparte de su vicio por el sexo, estuvo en la Agencia Central de Inteligencia (ABIN) de Brasil, hasta que Logan lo fichó. Tiene una habilidad especial para preparar un explosivo con cuatro ingredientes, además de poder desactivarlos con facilidad.

—Vaya. Sois un equipo muy curioso. ¿Sabes? Yo nunca he trabajado con un grupo de personas de forma tan... cercana. Siento haber sido algo borde al principio. No os conocía, supongo.

—Todo lleva un periodo de adaptación.

Seguimos el viaje, mientras me cuenta cosas de cuando vivía de pequeña en Hawai. Yo le hablo de los viajes con mis padres a yacimientos arqueológicos. Una vez incluso me llevaron a ver las pirámides de Guiza. El viaje se nos hace más ameno. Mientras, vamos informando a Logan y a los demás de nuestro recorrido.

Jackson nos informa que anda detrás de un tipo que va presumiendo en la web profunda de que se va a cargar a miles de personas. Hay muchos locos por ahí dentro y no todos son de los que se ponen, pero nunca se sabe.

Llegamos a Kansas agotados y solo nos echamos a dormir profundamente tras ducharnos y cenar. Ninguno nos acercamos al otro y a las seis de la mañana, volvemos a estar en marcha.

Nos quedan menos de doce horas hasta Alburquerque que es donde debemos llegar. No ha habido contratiempos, excepto el primer intento de atraco y quiero calmarme, pensar que todo va bien, aunque no lo consigo. Mi instinto me dice que se acerca algo.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —le pregunto a Brandon que está muy atento. Niega con la cabeza.

—He recorrido muchas ciudades, creo que hace años pasé cerca, pero no llegué a entrar.

—Yo quería hacer la ruta 66 en moto, pero nunca pude.

—No es tarde, tal vez algún día la hagas.

Nos metemos por las calles laterales. No es como el centro, donde parece haber una mezcla auténtica entre calles bulliciosas y edificios de adobe, tiendas de arte y galerías, o pequeños comercios donde venden artesanía local o joyería hecha con turquesas.

Llegamos a las afueras, enmarcadas por la sierra que domina la ciudad, la Sandía Mountains, que le da un cierto toque dramático al contrastar con el atardecer rojizo y anaranjado. El almacén está rodeado de otros, pero parecen vacíos y preparo mi pistola. Brandon hace lo mismo.

Llama a Logan y le da nuestra posición. Los compañeros están cerca. Ronaldo, a diez minutos y Hope buscando un punto alto, supongo. Hay varios almacenes abandonados, así que seguro que lo encuentra.

Nos bajamos del camión, atentos, y dos tipos se acercan. Mi mano está atrás, como metida en el pantalón, pero estoy sosteniendo una pistola.

—Ya estáis aquí —dice uno mirándonos con mala cara.

—No, somos unos fantasmas, no te jode —dice Brandon mirando alrededor—. ¿Dónde metemos el camión para cargar?

—Pásalo allí —dice señalando un hangar con la puerta abierta.

Volvemos a meternos en la cabina y Brandon me mira, para que esté atenta. Esto da cada vez peor sensación.

Aparca en un enorme garaje en el que caben al menos diez camiones grandes. Hay varios tipos trayendo cajas. Son muchos. Se va a liar de la hostia como quieran acabar con nosotros.

Volvemos a bajar y miramos la carga que están metiendo en el camión. Quitan las paredes

laterales después de sacar la carga falsa que llevábamos. Las abren y meten suficientes explosivos para volar una puta ciudad. Solo con esto, ya podríamos detenerlos, pero queremos más. Lo queremos todo.

—¿Una cerveza? —dice un tipo ofreciéndonos dos botellines. Nos negamos.

—Cuanto antes nos larguemos, mejor —dice Brandon con el rostro enfurruñado y mirando a todos lados.

Una mujer sale de una oficina lateral y se acerca a buen paso. Va rodeada de al menos seis sicarios armados, tan grandes como mi compañero. Nos ponemos en guardia porque cada vez se pone más feo. Al acercarse, reconozco su cabello castaño, largo hasta la cintura y su rostro aniñado, aunque sea letal. Ella me mira, asombrada y luego curiosa. Abre los brazos.

—¡Steel! ¿Cómo tú por aquí?

—¿Rhonda? ¿No me digas?

Ella me abraza y eso trae a mi mente muchos recuerdos dolorosos, aquellos en los que me enamoré de su hermano.

—Ven, tenemos que ponernos al día. Vosotros, quedaros aquí.

Veo de reojo que Brandon da un paso, pero lo miro para calmarlo. No esperaba esto, para nada. Pensé que andaría por Colombia. Ni siquiera sabía qué pasó con ella.

Me toma del brazo como si fuésemos viejas amigas y me lleva a la oficina donde hay una cafetera y algunas personas más a las que echa. Para algo es la puta jefa.

—Steel, ¿qué haces tú con un poli de mierda? Te creía más lista.

—¿Cómo? ¿Ese tipo es...? No puedo creerlo.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Como un mes. Lo conocí en un bar y bueno, ya sabes. Cinco años son muchos para estar sin sexo. Me dijo que podría acceder a un trabajo fácil y necesitaba la pasta. Joder, ¿en serio me lo dices? No parece un poli típico.

—No lo es. Es de un grupo que se llama Omega. Esos malditos malnacidos destaparon toda mi organización hace dos años, me debilitaron. Supongo que no te habías enterado, estabas en la jaula.

—Sí, así es. No sabía nada. Lo siento, Rhonda.

—Si no fuera porque sé que amabas de verdad a mi hermano y él a ti, te hubiera pegado un tiro al verte.

—¿Vais a cargaros al poli?

—Queremos interrogarle primero. Ya sabes, Mellus sigue conmigo. Él sabe cómo sacar información a alguien, por muy duro que sea.

—Antes le daré de hostias, por engañarme.

—Ya habrá tiempo. Cuando... pasó aquello, Grant me dijo que se iba porque ibais a ser padres. Dime que el bebé nació.

—Lo siento —digo bajando la vista—, cuando escapé por los pelos, después de que él muriera

en mis brazos, me dispararon, perdí al bebé y estuve muy mal un mes, casi a punto de morir. Luego fui a la cárcel. No tenía ganas de vivir ni de saber lo que pasaba a mi alrededor.

En parte es verdad. Cuando él murió, me fui unos meses a casa de mi madre. Pedí un año de excedencia para recuperarme. Me costó la vida.

Se levanta y me abraza con cariño sincero. La conocí casi de adolescente, solo tenía dieciocho y ahora, con veintiséis, es una auténtica jefa. En parte, me siento orgullosa.

—Has vuelto a montar un imperio, por lo que parece.

—Sí. Como el ave Fénix, renaciendo de mis cenizas. Ahora nos movemos en temas de armas y cositas de esas. Pero me jodieron bien y quiero vengarme, así de simple.

Suelta una risita que, en otras circunstancias, sería graciosa, pero me pone el vello de punta.

—¿Y cómo te enteraste de que eran polis?

—Fue de casualidad. Conseguí una foto de esos malnacidos y la puse en mi oficina, para no olvidarlos nunca, no sé si de todo el grupo. Y una nueva amiga me dijo que eran de operaciones especiales. Solo tuve que tirar de algunos hilos para saber que estaban en Nueva York y que intervendrían si el problema era grave. Así que organicé una buena causa para que ellos se metieran.

—Entonces ¿no vas a atentar sobre Nueva York?

—Ah, sí, lo haré igualmente, después de que me los cargue a todos. Supongo que no habrá venido solo y andarán por los alrededores. Esta gente suelen ser lobos solitarios pero son fieles a su grupo. En eso los respeto.

—¿En serio atentarás en la ciudad? Vaya, tienes ambiciones altas.

—Sí, pensaba acabar con los dos conductores, pero ha sido una maravillosa casualidad, tal vez el destino, el que te ha traído. O puede que Grant te haya dirigido aquí —susurra, erizándose el cabello.

—¿Qué quieres que haga?

—Volverás a Nueva York, con un tipo de complexión similar. Nosotros nos quedamos con el poli y le haremos hablar para que nos dé nombres y hasta la talla de zapato de sus compañeros. Y cuando llegues allí, entregarás los explosivos a mi contacto. Ya tenemos varios pavos preparados, a falta del relleno.

Sonríe, enseñando sus pequeños dientes. Tenía una cierta dosis de sadismo cuando la conocí, ahora está como una puta cabra, con el aliciente de la venganza.

—De acuerdo, pero no mates al poli de momento. De hecho, creo que podría ser un buen rehén por si acaso alguien quiere interceptarnos.

—Quizá, Steel. ¿O es que te has colgado de él? ¿Tan bien te folla?

—Sí, eso sí, será poli pero sabe lo que tiene entre las piernas. No sé, Rhonda. No me he colgado, ya no creo que me vuelva a enamorar nunca, pero si es poli, me han visto con él y no quiero que me carguen el muerto.

—Te protegería solo por amar a mi hermano, pero no sé si eso será posible. Vete a dormir y

mañana lo vemos. Voy a pensarlo.

—Antes le voy a dar una buena hostia al poli.

—Tú misma.

Me despido saliendo apurada de la oficina, aunque mis pasos son tranquilos y mi rostro no expresa las emociones encontradas que tengo en mi interior. Se ha complicado demasiado y veremos por dónde salgo. Puedo liarme a tiros y salir de allí, pero ¡joder! Al menos hay veinte tíos aquí.

Me acerco a uno de los sicarios y me mira con desconfianza.

—¿Dónde está el poli?

—Dentro de ese hangar. No me fío de ti —dice hosco.

—Me importa una mierda.

Entro, abriendo la puerta y se me cae el alma al suelo. Brandon está sujeto por dos gruesas cadenas al techo, casi de puntillas y con la cabeza baja. Le han quitado la camisa aunque sigue con el pantalón. Su torso está lleno de sangre. Joder, sí que han sido rápidos.

Mellus está guardando sus instrumentos, quizá esperando que se vuelva a recuperar para retomar su trabajo. Siempre me dio escalofríos con su rostro delgado y huesudo.

—¿Qué tal, Steel? ¿Vienes a admirar mi obra maestra?

—O a darle de hostias al poli —contesto.

—Ah, no, no, eso es cosa mía. Me voy a dormir, este se queda aquí colgado.

Me acercó y miro el rostro de Brandon. Está amoratado, sin duda se ha resistido y seguro que más de uno ha acabado mal.

—No sé si me oyes —susurro—, pero te sacaré de aquí.

No se mueve y evito la tentación de acariciar su piel desnuda, ahora llena de cortes y quemaduras. Joder, voy a matar al sádico de Mellus.

—Bah, está fuera de combate —digo en voz alta. Salgo fuera, con el cuerpo descompuesto y un chico joven, casi un niño, me acompaña a la parte de arriba del almacén, donde hay habitaciones con baño. Son sencillas, pero suficiente.

Me echo sobre la cama, dándole vueltas a qué hacer. Me asomo por la ventana, sin ver nada especial. Mi móvil está inservible, creo que hay algún tipo de inhibidor. ¿Cómo aviso a los compañeros?

Vuelvo a asomarme a la ventana, justo enfrente hay un almacén muy alto, que pilla la vista de la puerta. Sería un sitio perfecto para Hope, yo lo elegiría, sin dudarlo.

Un pequeño brillo me sorprende. Punto, raya, rápidos y precisos. La puñetera Hope sabe morse. Lo tengo algo oxidado, pero entiendo algo.

«¿Peligro?»

Tomo la linterna de mi móvil a ver cómo coño lo hago. Pasaré la mano para intentarlo.

«Brandon pillado. Tortura. 20 tipos. Antigua conocida. Yo bien»

«¿Entramos?»

«No, demasiados. Mañana intento llevármelo en camión. Espera, pero da parte».

«Ok. Me quedo aquí, avísame»

No creo que pueda dormir, pero me echo en la cama, al menos descansaré. Lllaman a la puerta y me traen un agua y un sándwich de mantequilla de cacahuete. Joder, se sigue acordando de mis gustos. Sé que no es tiempo de llorar, si no de poder sacar a mi compañero, de procurar que no le maten, pero tras el primer bocado, los recuerdos me asaltan y remueven en mí lo que había enterrado bien profundo.

Recogió su melena castaña oscura en un moño alto antes de meterse en la bañera, donde él la esperaba, con un par de botellines de cerveza. Grant no era de beber champán o de comer alimentos lujosos como sus padres. Él era diferente a su familia y por eso se había enamorado hasta las trancas.

Se metió en el agua templada y se recostó contra el pecho de su amor. Él le ofreció un botellín de cerveza sin alcohol y acarició su vientre con un ligero abultamiento.

—Ya queda menos, mi amor —dijo besando su cuello. Ella se desperezó y sintió su excitación.

—¿Cuándo nos marchamos? —preguntó ella. La operación del FBI era inminente y quería irse antes, sacarlo de allí, salvarlo de todo. No sabía qué pasaría después, pero su urgencia era él. Quizá Rhonda. No dejaba de ser una niña caprichosa, pero una niña.

—Llega un cargamento en un par de días. Tengo que ayudarles y después, cogeré mi parte y me iré. Rhonda me anima a ello. Es una buena chica.

—Ya sabes que a veces...

—Eso es por nuestros padres. Ellos nos inculcaron la frialdad y la falta de emociones...

—Y la sangre fría para asesinar. Pero tú no eres así.

—¿Y tú? ¿Cómo eres?

Se volvió para darle un beso en la boca. ¿Cómo era ella? Una mentirosa, una agente del FBI infiltrada desde hacía 10 meses en la organización, que se había enamorado del hijo del jefe y que además, estaba embarazada. No tenía ni idea de cómo había sido tan poco profesional y descuidada. No le llamaban Steel por ser blanda. Pero Grant... la había desarmado, se había quedado con su corazón y ella aceptó.

—Sería mejor ir a la cama —dijo Grant mordisqueando su oreja—. Estaríamos más cómodos. Ella se rio y dio la vuelta, colocándose sentada sobre su dureza. Entró de una forma

automática, como si supiera que estaba moldeada para él, y comenzó a moverse, haciendo que el agua se derramase fuera de la bañera, debido al vaivén de dos cuerpos amándose.

Grant aprovechó para deleitarse con sus pechos erguidos mientras ella suspiraba y gemía cada vez más rápido. Se dejaron ir y ella se recostó sobre su pecho, sin retirarse.

—Te amo, Lena.

—Y yo, Grant. ¿Por qué no nos vamos hoy mismo? Tu familia será capaz de arreglarse.

—No puedo, amor. Bastante es que me largue después. Mis padres ni siquiera creo que lo entiendan. Te aprecian, pero si estás aquí. Si nos fuésemos, no les gustaría. Sobre todo, por la posibilidad de tener a su nieto o nieta con ellos.

—Lo entiendo.

Se levantó de la bañera, desnuda y magnífica y sintiendo la calidez de su mirada. Nunca había sentido tanto amor por alguien, algo que le sobrepasaba y que le había dejado sin capacidad de reacción. Se echó en la cama, desnuda, sin importarle mojar las sábanas. Grant se acostó junto a ella, e hizo que se acurrucara.

—Algo te preocupa.

—¿Cómo no hacerlo? Ahora que... tengo al bebé, no sé, es distinto.

—No dejes que noten tus dudas, ya sabes que esto es como una jungla.

Asintió y se apoyó junto a su pecho. Allí, en esa pequeña ciudad de Kansas, donde la familia Pearson había construido su imperio de tráfico de cualquier cosa que diera dinero, la mayoría de los habitantes eran de «la familia» o trabajaban para ella. Ella había llegado y se había integrado bien, aunque le había costado conseguir que confiaran en ella. Su trabajo era sobre todo el transporte y hasta ese momento, con cero incidentes. Luego, había conocido a Grant y él se había fijado en ella. Se hacía llamar Steel porque siempre llevaba una barra de acero para defenderse y la había usado varias veces. Al parecer, eso había impresionado al jefe y se le quedó el apodo.

Tampoco es que Grant fuera un angelito. Que ella supiera, era de gatillo fácil y de dar palizas cuando estuvo en San Francisco, hacía años, llevando el tema del trapicheo. Fue, según le dijo, un bautizo de sangre para la familia. Tenían que demostrar que eran capaces de cualquier cosa y fieles hasta la médula. Por el momento. Por eso, Lena pensaba que irían a por ellos y adelantó la operación del FBI. No sabía cómo acabaría, pero al menos, un tiempo los dejarían tranquilos. Si pactaba con ellos quizá pudiera acogerse a protección de testigos. Sería una decepción, pero contaba con su amor.

Llamaron a la puerta y Grant pasó una sábana por su cuerpo, luego se levantó y se puso los vaqueros.

—¿Quién?

—Soy Rhonda, papá te busca. Nos han chivado que viene el FBI y hoy se hará la entrega.

—Voy.

Se volvió hacia ella y le dio un cariñoso beso. Luego, empezó a vestirse.

—Te acompaño —dijo ella levantándose.

—No, tranquila. Tu turno acabó. Descansa.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando él le dijo lo mucho que la amaba y que no podría vivir sin ella.

Se fue, y ella se vistió rápido. Sacó de la pata de la cama el móvil de la agencia y envió un mensaje. No sabía si eso podría servir. Se vistió y guardó su pistola en el pantalón.

Fuera de la casa, ya en el almacén, había mucho jaleo. Estaban a las afueras, en una colina y desde allí se podría ver cualquier movimiento de coches, desde luego, era un lugar estratégico y fácil de vigilar. Además, estaba bien comunicado y cerca tenían la estación de tren, que usaban para transportar algunos fardos. Eso también desaparecería. Suponía que habría también detenciones entre la gente del pueblo. Vecinos que parecían amistosos, pero que se dedicaban a montar bombas caseras o a fabricar componentes para las mismas, incluso había un pequeño laboratorio de pastillas, llevado por dos mujeres de la edad de su madre.

Saludó a unos cuantos y vio a Grant, dando órdenes a unos camioneros que estaban aparcando en un lado. Eran tres los vehículos y ella se dio cuenta de que iban muy cargados.

Algo le hizo sospechar y caminó hacia él. Cuando el chófer abrió el portón, todo se precipitó. Ella esperaba que fueran agentes, aunque, ¿cómo habían conseguido subir a los camiones tan rápido? Pero cuando salieron, armas en la mano, se dio cuenta de que no. Los albanos estaban atacándolos. Grant sacó la pistola y se puso tras uno de los fardos de las armas.

Veinte o más tipos salieron disparando. Ella se colocó detrás de una grúa y miró asustada a Grant. Los hombres salían de todas las partes, acertando a los recién llegados, que parecía no importarles.

Unas sirenas se escucharon por la carretera. Era el momento. Disparando para cubrirse, consiguió acercarse a Grant, herido en un hombro.

—¿Qué haces? Te dije...

—Tenemos que irnos, vámonos, viene la policía. Por favor.

—No puedo dejar a mi familia. Escápate tú y salva a nuestro hijo.

—No quiero, no puedo irme sin ti —dijo ella casi sollozando.

—Mi amor, esto lo acabamos enseguida.

—Pero si viene la policía...

—Somos muchos. Vete, estaré más tranquilo si te vas y te llevas a Rhonda. Por favor, búscala.

Asintió y salió de nuevo mientras él le cubría. Se acercó a la casa, donde había unos cuantos guardias cubriendo a la familia. El padre estaba preparado, con una pistola enorme igual que la madre. Rhonda estaba en un rincón, llorando.

—Steel, llévate a mi hija y sálvala —ordenó la madre.

Corrió a la esquina y tomó a la chica del brazo, ella pataleó y le dio una bofetada para calmarla. Con su mano en el rostro, la siguió dócil. Los padres se lanzaron hacia el garaje, armados y dispuestos, mientras ellas corrieron hacia uno de los garajes, donde había varios coches. Por ahí no había nadie.

—Escucha, quédate dentro del coche, está blindado. Escóndete abajo. Tengo que buscar a Grant.

—No, Steel, sálvame —gritó ella.

—Te prometo que volveré.

Escondió bajo una manta a la chica y volvió hacia la zona de los disparos. El FBI había acorralado a los albanos, que comenzaban a bajar las manos y rendirse. Por lo menos había cincuenta efectivos. Se acercó por detrás hasta el lugar donde había estado Grant. Un rastro de sangre le puso en lo peor y lo siguió, mientras algunos de los guardas de los padres seguían disparando.

La madre, herida de muerte, había arrastrado a su hijo a una pequeña oficina. Él respiraba con dificultad.

—¿Has... salvado a Rhonda?

Asintió, y ella se dejó ir. Tomó el cuerpo de Grant y lo apoyó en su regazo. Respiraba con mucha dificultad y la muerte estaba esperando para llevárselo.

—Lena... Lena... te amo, a ti y a nuestro hijo.

—Grant, no te vayas por favor, te van a curar.

—Es demasiado tarde para mí, pero no para ti. Prométeme que cuidarás del bebé y que te cuidarás tú. Rehaz tu vida, mi amor.

—No... no...

Pero su vida se fue. Un policía entró y ella levantó la mano, pero el disparo llegó igualmente. En ese momento, quería dejarse ir. Pero la vida era muy cabrona y no se lo permitió.

¿Realmente es una vendida? Cuando se va con la mujer, se me cae el mundo a los pies. Al verla, creo recordar su nombre, Rhonda Pearson, sí, se nos escapó hace unos años en una operación que hicimos contra su organización. Intento ir con ella, siento esa fiereza por protegerla, por mucho que ella no lo necesite. Un tipo me empuja y me dejo llevar, aunque empezaría a dar de hostias hasta que me metieran un tiro, algo que realmente no tendría mucha utilidad.

Me llevan a un almacén y me encadenan de las muñecas. Ya sé lo que viene ahora. Estoy entrenado pero no será agradable.

Un tipo delgaducho y con el rostro impassible coge unas tijeras y corta mi camiseta. Me revuelvo, pero otro pone una pistola debajo de mi mandíbula, sonriendo con maldad.

—¿Qué pasa, nunca habíais visto un hombre de verdad o qué? —digo y el tipo pequeñajo suelta una risita.

—Pareces muy machote, poli, pero ya verás cuando acabe contigo.

Lo primero que hace es ponerme una inyección. Es posible que sea una droga neuronal, tipo pentotal sódico, aunque eso nunca ha funcionado. Pero me atonta y me hace sentirme mareado. Siento un sabor metálico en la boca. Es algo distinto.

El primer puñetazo llega sin avisar. El tipo de la pistola me ha dado en el hígado y eso duele.

—Esto por mi hermano, al que matasteis en la redada.

—Tu... hermano... sería un hijoputa como tú —consigo decir. Y claro, recibo otro puñetazo, pero eso hace que mi mente se aclare—. Te... reunirás pronto... con él.

Recibo una buena tunda hasta que el flacucho detiene al tipo, descamisado y sudando. Creo que tengo algo roto por ahí dentro.

—No vamos a darle golpes, lo que quiero es que me diga dónde tiene su sede y los nombres de sus compañeros.

—Tú sueñas —escupo casi.

—Ya me lo imaginaba y será todo un placer torturarte hasta que hables. Todos hablan, ¿sabes? Nadie se resiste.

Entonces empieza a jugar conmigo. Se ve su grado de sadismo cuando aplica cuchillas, líquidos que abrasan y demás en mi cuerpo. Grito, sin poder evitarlo, hasta que caigo medio desmayado. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero ella aparece.

No la escucho apenas, estoy colgando de las cadenas y creo que voy a morir. Al menos, la veré por última vez. Joder, podría... quizá... si salgo de esta...

—No sé si me oyes, pero te sacaré de aquí —susurra y se marcha.

—Cambio de planes —dice otro tipo—. Soltadlo, nos lo llevamos a Nueva York. Iremos en el tren.

—¿Y eso? ¿Rhonda no quiere sonsacarle?

—Dice que tiene algo mejor. Así que tienes que mantenerlo vivo un día más. ¿Entendido?

El tipo pequeñajo refunfuña en voz baja, pero parece aceptar. Me pone otra inyección y entonces empiezo a caer dormido, no sin antes darme cuenta de que me están bajando de las cadenas. Poco a poco, acabo perdiendo la consciencia y ya no me entero de más.

Al día siguiente, me levanto a las seis, casi no he dormido y estoy muy preocupada por Brandon. Miro por la ventana, pero no veo a Hope, claro. Sigo sin tener cobertura. Me visto y salgo de la habitación, directa al hangar donde estaba él. Tal vez tenga que liarme a tiros y sacarlo y que pase lo que sea.

El lugar está vacío y unos pasos atrás me hacen volverme. Es Rhonda, vestida con ropa oscura y armada.

—¿Buscabas a tu amante? Ya no está. Puede que empieces a tener mal gusto.

—¿Qué has hecho? ¿Te lo has cargado?

Se echa a reír con cierta maldad.

—No, como tú dijiste, nos es más útil vivo que muerto. Va de camino a Nueva York en el tren, aunque es cierto que está bastante jodido. Mellus se despachó a gusto.

Aprieto los puños. Mellus, el primero que me cargaré. Pero ahora tengo que mantener la calma. Me encojo de hombros.

—¿Cuándo salgo en el camión?

—Byron te acompañará. Es tan grande como ese tipo y oye, que si te lo quieres tirar, él no dirá que no.

—Ni ganas ya. ¿Está la carga preparada?

—Sí, y Lena, espero que no le des ningún golpe o tengas un accidente, porque si no, saltarás por los aires, tú y veinte kilómetros a tu alrededor.

—Tranquila, Rhonda, sé lo que hago.

—Nos veremos en Nueva York. Mi tren sale mañana.

—Eso estaría bien. Si nos da tiempo antes de que lo hagas explotar, podríamos irnos de copas.

—Sí, desde luego. Tendremos un día para ir de compras, unas copas y cenar en el mejor restaurante. Prepara un plan de chicas.

Sonrío de forma falsa. ¿Cómo se ha convertido en semejante psicópata? Va a asesinar a miles

de personas.

—Fue una lástima que asesinaran a mi familia y lo van a pagar. Después, puedes venir a trabajar conmigo, por los viejos tiempos.

—Gracias, Rhonda. ¿Sabes? Creo que Grant y yo podríamos haber sido felices.

Soy sincera y ella asiente, conmovida. Por un momento quiero ver a la niña que fue, pero no debo caer en su engaño. Una mujer rubia vestida como la mujer de un mafioso, con pieles, labios rojos y tacones coge del brazo a Rhonda, como si fuera su madre. Pero yo solo veo una serpiente. Debe de ser la tipa que los delató. Supongo que nos han vigilado todo el tiempo.

El tal Byron, vestido al estilo de Brandon, se acerca todo chulo y me dan ganas de partirle el cuello. Esa furia que a veces no puedo controlar amenaza con salir y empezar a dar de hostias. Respiro hondo y espero. Él está en peligro y no solo eso, toda la maldita ciudad.

—¿Vamos, pequeña?

—Sigue llamándome así y lo mismo te encuentras tus huevos en la boca.

—Ya me ha dicho la jefa que eras una fiera, y de esas me encanta... —susurra cerca de mí—, me encanta darles palizas hasta que suplican que me las folle.

—Inténtalo si tienes cojones —le digo mirándole a los ojos. Este creo que lo mataré el primero.

—Ahora no, tal vez más adelante. Vamos, haremos el viaje de tirón, turnándonos para conducir. Y no hagas ninguna tontería. La jefa puede que se fíe de ti pero yo no. Empieza tu turno.

Subimos al camión y noto al arrancarlo que está mucho más pesado. Joder, a saber qué clase de explosivos llevamos. Y qué puta locura va a organizar esta mujer en la ciudad. No tengo idea de cómo avisaré al equipo, pero algo tengo que hacer. El tipo este no me pierde de vista.

Después de ocho horas conduciendo, paramos en una zona de descanso. El tipo ha dormido pero no me he fiado de usar el teléfono y menos conduciendo, porque si tenemos un accidente...

Paramos en la zona y pedimos cafés. Tengo que ir al baño y el tipo me mira con mala cara, pero él también así que me meto en la cabina y hago mis cosas. Cuando voy a salir, llaman suave y abro. Hope me mira con ojos asesinos. Pasa, sin encomendarse a nadie y me pone una pistola en la cara.

—Tranquilízate —le digo—, tengo un minuto, pero te lo resumo.

Le cuento todo rápido aunque enseguida llaman a la puerta y oigo gritar a Byron. Salgo, me lavo las manos y muy digna, paso por delante del tipo que entra al baño y mira las puertas. Espero que no descubra a Hope. Se ha cabreado mucho cuando le he dicho que tenían a Brandon y que llevábamos una carga de lo más peligrosa.

Me tomo el café y un bocadillo y volvemos al camión. A lo lejos, veo a Ronaldo hablando por teléfono, apoyado en un coche y me siento algo más aliviada. Saber que un equipo te apoya nunca me ha parecido tan importante.

Byron va a conducir y aprovecharé para dormir, porque aunque sigo preocupada, debo

recuperar fuerzas. Al menos están avisados y quizá puedan rescatar a Brandon, rezo por ello.

Tras un viaje bastante asqueroso y desagradable, con insinuaciones de tipo sexual, llegamos a Nueva York. Necesito una ducha, pero el tipo conduce hasta un almacén en las afueras. No hay nada más que dos tíos que recogen el camión. Miro a Byron que habla por teléfono en un lado. Se acerca, con media sonrisa y saca la pistola.

—Bien, pajarita, hasta aquí tu viaje.

—Pero Rhonda...

—Ella me ha dado la orden. Hubiera preferido pasar un rato a solas, pero tengo prisa.

—¿Qué ha cambiado? —digo haciendo tiempo y mirando de reojo a los dos tipos que se han acercado.

—Que la han convencido de que no eres de fiar. Alguien descubrió que no has estado encerrada. Tal vez los vendisteis. Ella quería torturarte un rato, pero al final vamos justos de tiempo.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Qué crees, que es la típica película donde el malo le confiesa todo a la víctima y después se libera y consigue salvar a alguien? Esto no funciona así, zorra.

Levanta la pistola, directa a mi frente. Siento morir así. Siento no haber cuidado más a mi madre y a Matt, también siento no haber tenido una oportunidad con el grandullón. Joder, ¿por qué he sido tan estúpida?

—Está bien, Byron, tú ganas —digo resignada—. Solo te pido que no falles, que me mates al primer tiro.

Me acerco a él y cojo el cañón de la pistola y lo pongo en mi frente. Él está sorprendido, pero sonríe y entonces, le pego la patada en los huevos más fuerte que puedo. El disparo sale y me quema la cabeza. Sin duda, tengo cicatriz para siempre.

El tipo cae de rodillas y los otros dos se lanzan por mí. Antes de ir a por ellos, le doy una patada a la pistola, porque no me da tiempo a cogerla. Uno de ellos saca un enorme cuchillo y me hiere. ¿Dónde está mi barra de acero ahora?

Me acerco a uno de los lados de forma que sea solo uno de ellos el que me ataque. Lanza el cuchillo sobre mí, lo esquivo y le doy un golpe en la mano, pero no lo suelta. Estamos frente a frente, me doy cuenta de que me sangra el costado, pero poco me importa.

Se escuchan dos silbidos seguidos y el otro tío cae. El tal Byron que estaba levantándose, también cae al suelo. El tipo con el que luché se despista y entonces empiezo a darle de hostias hasta que cae al suelo.

Alguien me aparta, me revuelvo, pero me detengo al ver que es Ronaldo.

—Déjalo vivo, que tenemos que interrogarle.

Los otros dos tipos tienen dos bonitos agujeros en el medio de la frente, obra sin duda de Hope.

El tipo está medio inconsciente así que vamos al camión.

—Cuidado porque puede haber una trampa en el camión.

Recuerdo que es experto en explosivos, así que me aparto. Hope llega corriendo con su arma colgada en el brazo.

—¿Estás bien? Sangras.

—Sí, ¿y Brandon?

—Estamos en ello. El tren llegó ayer, pero no estaba. No sé dónde se lo han llevado. El jefe ha puesto en marcha una operación con la policía.

—¡Joder! —exclamo frustrada.

Ronaldo abre el portón con precaución, sacamos todo el contenido y buscamos la parte oculta. Al abrirla, allí solo hay cajas con tuberías, piedras y material de derribo.

—¡He sido un puto señuelo! —grito con rabia.

Mis compañeros maldicen y Hope llama al jefe, explicándoles todo. Me acerco al tipo medio inconsciente y le doy dos bofetadas para que se espabile.

—¡Contesta! ¿Dónde están los explosivos?

Tengo tanta rabia que podría matarlo con mis propias manos.

—¿Qué explosivos? Nosotros solo trabajamos para la señora Pearson, nos dijeron que recibiéramos un camión, nada más.

—¿Dónde tiene más almacenes? ¡Contesta! —le doy un buen empujón y él nos da una dirección.

La policía ya está llegando y se lo van a llevar.

—¿Dónde es ese lugar?

—No muy lejos. Vamos —dice Ronaldo—, aunque deberías ponerte algo para dejar de sangrar. Vas a mancharme el coche.

—Joder, qué borde eres —dice Hope—. Ven, hay un botiquín en el maletero.

—Me da igual, tenemos que sacar a Brandon y buscar los explosivos, esta tía va en serio.

—Conduce tú, Hope, yo le curo en el asiento de atrás.

—Ya sé lo que tú harías en el asiento de atrás —suspira ella—. Vamos.

Ronaldo coge una bolsa del maletero mientras los policías se quedan allí. Rodríguez nos dice que nos vayamos y mientras Hope sale quemando ruedas, Ronaldo desinfecta y pone puntos de aproximación, aunque dudo que esté en el lugar adecuado, a la velocidad que conduce mi compañera.

Llegamos en menos de diez minutos al almacén y nos reunimos con Logan, que está esperando en las sombras.

—No hay mucho movimiento —dice mientras señala con la cabeza el sitio—. ¿Estás bien?

—Sí. Deberíamos entrar —contesto impaciente.

—Espera. Jackson ha enviado un *dron* por la ventana superior. Estamos observando.

—Joder, hay que entrar, ¿y si está allí Brandon?

—Ten paciencia —dice Hope tomándome del brazo. Me aparto y me acerco a la esquina del

callejón donde hemos aparcado. Es cierto, hay luces en el almacén, pero no parece haber mucha actividad. Allí no están.

—¿Y el localizador de Brandon?

—Está aquí —dice Logan, según ha dicho Jackson.

Estoy impaciente y no sé si voy a esperar más para entrar. Pero Hope me arrastra hacia el monitor y vemos las imágenes.

Al parecer el detector de Brandon está en ese lugar, pero los infrarrojos han revelado algo más, el lugar tiene explosivos por varios sitios estratégicos y si entramos de golpe, todo volará por los aires.

—No, joder ¡no!

—Tienes que hablar con Rhonda, intentar averiguar qué pretende y dónde está —dice Logan—, mientras, un equipo tratará de sacar a Brandon.

—Pero...

Una mirada suya me hace callar. Es posible que tenga razón. Me aparto y la llamo. No parece sorprendida.

—Hola, Steel, parece que mi regalito no te ha gustado.

—Sí, me gustó. Me devolvió a los viejos tiempos. ¿Y nuestra jornada de chicas? Teníamos una cita pendiente.

—Umm, sí, creo que tendré tiempo de verte, tú y yo solitas, nos tomamos una copa. ¿Qué te parece el club Pink Ladys? Estuve hace años. ¿Lo conoces?

—Sí. Estaré en media hora.

—Nos vemos.

Cuelgo, rabiosa y Logan me toma de los hombros y me mira a los ojos.

—Escucha, Leo. Sé cómo te sientes, pero tu prioridad es averiguar dónde están las bombas, cuáles son sus objetivos. El viaje del vicepresidente se ha suspendido, pero eso no quita para que igual hagan saltar la ciudad.

—Sí, jefe. Y... —miro al almacén.

—Lo sacaremos. Ronaldo es experto en explosivos, entrará él para ver lo que hay. No hay más personas dentro del edificio pero imagino que habrán dejado regalitos por todas partes.

Veo que el compañero se está poniendo un traje de los artificieros que han ido llegando. Estoy realmente alterada y sufriendo por si él..., pero debo irme.

—Déjame que te ponga un micro, es en forma de *piercing*, si no te importa subirte la camiseta, lo puedo poner en el ombligo —dice Jackson. Accedo y muestro mi abdomen. La herida no parece sangrar de momento y en la cabeza llevo otro apósito pequeño.

Un pequeño pinchazo y Jackson se incorpora y prueba la recepción.

—Como es tan pequeño, no tiene mucha cobertura —explica—, pero lleva localizador. No estarás sola.

—Gracias.

Hope sube a una moto y me indica que me monte detrás. Me agarro de su cintura y sale zumbando hacia el lugar de la cita. Las heridas me tiran al hacer el esfuerzo de sujetarme. Cuando acabe todo, pienso ir a ver a mi familia y..., con respecto a Brandon..., no sé. Espero que salga con vida.

Llegamos a una calle del bar. Hope se quita su cazadora de cuero y me la da, para que no se vea mi herida.

—Estaré cerca y Rodríguez viene para aquí. Si te ves apurada, quedamos en una palabra clave y entro disparando a saco.

—Gracias, Hope. Yo...

—Eres nuestra compañera. ¿Qué te parece la palabra sábado como palabra clave?

—Bien. Allá voy.

Entro con ganas de cargarme a alguien, pero sé que era inútil llevar armas. Tal y como preveo, hay dos matones en la puerta, preparados para registrarme.

Creo que he tardado en recuperar el conocimiento y cuando soy consciente de mi cuerpo, el dolor es tan puro e intenso que no sé si llegaré a recuperarme. Estoy en algún sitio oscuro, diría que en una caja. Por un momento me pregunto horrorizado si me han enterrado vivo, pero luego detecto el movimiento, suave, sutil, y eso me dice que, o voy en avión o en tren.

Intento moverme, la caja es algo más ancha que mi cuerpo y de largura va justa. Tengo los pantalones puestos y estoy descalzo, sin camisa. Repasemos el cuerpo. Las manos, puedo moverlas, como las piernas. Un hombro parece dislocado. Recuerdo que me tiraron como a un fardo en algún lugar. Veo mal por el ojo izquierdo, porque está medio cerrado. La cabeza me duele a rabiar y siento las múltiples heridas en todo mi cuerpo.

Los entrenamientos de la CIA me enseñaron a mantener la calma ante situaciones estresantes y creo que nunca he estado en una como en este momento. Pero respiro, hay aire suficiente. De hecho, me doy cuenta de que la caja es de madera y tiene algún agujero entre la tapa y la pared. Debería intentar abrirla.

Empujo con la mano y luego con las rodillas, pero es imposible. La tapa se mueve, sí, y escucho ruido como de cadenas. Parece que eso es lo que impide abrirla. No me queda otra que esperar.

Espero que Leo esté bien, parecía que la conocían e incluso la apreciaban, tal vez de cuando estuvo infiltrada. Quiero pensar que ella no ha tenido nada que ver y que, cuando prometió sacarme, lo decía en serio.

Caigo agotado y cuando me despierto, el tren se ha parado. Escucho voces y el ruido de una grúa que golpea mi caja, la coje y la transporta a algún otro sitio. Creo que ponen algo encima y el coche arranca. Tiene que ser un furgón de mediano tamaño para una caja que por lo menos mide dos metros.

Escucho unas risas cuando paramos y la caja vuelve a ser transportada. Podrían sacarme e iría caminando. Y de paso, les daría de hostias.

Dejan la caja en el suelo, sin contemplaciones y la espalda me retumba. Están quitando la cadena así que me preparo. Sacan la tapa y enseguida aparecen dos cañones en mi puta cara.

—Ni lo intentes —dice un tipo tan grande como yo—. Levántate.

Me apoyo con una mano y me levanto. El brazo izquierdo no lo puedo mover y no hay zona de la piel que no me duela.

—¿Dónde estamos? —hablo con una voz que no me reconozco.

—En Nueva York, aquí mismo, esperando a tus amigos.

Las alarmas se encienden. Soy un puto cebo. Hago un pequeño movimiento y tres pistolas se acercan a mí.

—Vamos, vas a estar cómodamente sentado.

Me llevan a una oficina, subiendo un tramo de escaleras. El almacén está vacío y polvoriento y tiene cristales rotos. Aquí no ha habido nada desde hace tiempo. Hay una solitaria silla y me invitan a ocuparla.

Sin dejar de apuntarme con dos pistolas, un tipo me estira de los brazos hacia atrás, gruño de dolor, pero por otra parte, me ha metido el hombro en su sitio. Me empujan hacia atrás y me atan las muñecas con una brida, también los pies. Luego cambia la cosa, porque me pasan una gruesa cadena que atan a una argolla en el suelo. No debe de ser la primera vez que usan este almacén para retener a gente.

Uno de ellos se aleja y llama por teléfono. Tengo que esperar a que se vayan e intentaré liberarme. Veo que conectan algo y sin duda es un explosivo. Escucho el bip del reloj que corre. Eso es porque sospechan que mis compañeros están aquí. No me molesta tanto desaparecer yo como que los atrapen a todos.

El grandullón me golpea y pierdo el conocimiento unos instantes, o quizá haya sido un minuto, porque cuando abro los ojos se han ido y mi rostro sangra. Escucho un suave zumbido y aparece el *dron* de Jackson. No tiene grabación de sonido pero sí infrarrojos. Vocalizo «trampa». El *dron* se mueve arriba y abajo creo que indicándome que lo saben. Al poco rato, aparece Ronaldo con su traje de artificiero.

—¡Para! —le digo. Diría que hay algún tipo de cable trampa.

—Veo el cable, campeón —dice mi compañero—. He subido para que sepas que estamos aquí.

—Es una trampa para atrapar al equipo, lárgate.

—De eso nada. Voy a echar un vistazo, tú no te muevas del sitio.

Sé que ha sonreído y no puedo evitar hacerlo yo. Cabrón hasta el último momento.

Se va a una esquina donde hay una caja y la abre. Lo oigo silbar.

—Oye, ¿y Leo? —pregunto.

—No me desconcentres. Está bien. Déjame trabajar.

Aprieto los labios, hay algo que no me dice, pero tiene razón, debo callarme y dejarlo. Desactivar explosivos es algo muy preciso y requiere no perder ni la calma ni el foco.

No lo miro, solo pienso en lo que haré cuando salga de esta. Tras un rato que se me hizo eterno, Ronaldo da un grito de triunfo. Se acerca a mí, quitándose el casco.

—Escucha, habrá más explosivos, pero el que nos impide largarnos está listo. Los artificieros están esperando que salgamos.

—Quítame estas cadenas.

—Déjame mirar bien.

Examina la argolla para asegurarse de que no hay nada extra y finalmente con unas tenazas corta el candado y las bridas. Poco a poco desenrolla de mi cuerpo la cadena y me ayuda a levantarme.

—Estoy bien.

—Pues tienes una pinta de mierda —dice—. Vamos, hombre, déjate ayudar.

Paso mi brazo por sus hombros para ayudarme, siempre he bromeado con su altura, mide según él metro ochenta pero yo diría que no llega. Salimos hasta la calle y me mete en una ambulancia.

—No, espera, ¿dónde está Leo?

Logan se acerca y me da un abrazo.

—Tienes unas pintas horribles —dice mirando mi ojo.

—¿Dónde está Leo? —repito.

—Ha quedado con Rhonda, necesitamos sonsacar dónde están los explosivos. Van a volar la ciudad, Brandon. La tipa esa intentó matarla, supongo que tendrá curiosidad sobre lo que ha pasado.

—¡Joder! ¿Intenta asesinarla y la mandas allí? —me levanto y él me hace sentarme. Un sanitario se acerca y le miro de malas maneras—. Voy a ir.

—Escucha, cabezota. Deja al menos que te curen y vamos para allá. La inspectora Rodríguez y Hope la están cubriendo. Jackson se ha ido también para usar las escuchas.

—Vale.

El sanitario se acerca, limpia mis heridas y me pone puntos de aproximación. Logan me da una camiseta negra y deportivas que me pongo, gruñendo de dolor por el hombro.

—Ya estoy. Vamos.

Logan mueve la cabeza, pero sabe que mi determinación es firme y nos subimos a nuestra furgoneta. Él mismo conduce de forma rápida y eficaz. Me han dado un par de pastillas para el dolor, que hace que me vaya encontrando algo mejor.

Pronto, llegamos al club, un sórdido local que antes estaba de moda, pero que se ha convertido en un lugar donde los tíos van a encontrar de todo. Hay un fluorescente rosa medio fundido encima de la puerta.

—¿Aquí han venido?

—Antes no era un club de tías —dice Ronaldo encogiéndose de hombros. La puerta de atrás se abre y él saca la pistola. Hope se asoma y me mira.

—Joder qué pintas, estás fatal.

—Yo también me alegro de verte. ¿Dónde está Leo?

—Dentro. Escucho algo de la conversación, pero poco. Jackson ha subido al piso superior, a ver si así consigue algo más. Está con la psicópata esa.

—¿No deberíamos entrar? Si la detenemos...

—No tenemos nada contra ella. Espera y confía en tu compañera.

Logan palmea con suavidad mi hombro y me quedo esperando. No sé si podré esperar mucho, porque la verdad, no quiero perderla. Para mí está resultando ser algo más que mi compañera.

Los dos tipos me tocan demasiado y los fulmino con la mirada. La sonrisa de ellos al tocarme el culo me hace pensar en un agujero en su frente. Paso al club que ya no es lo que esperaba, lo que pensaba. Ahora es un antro oscuro donde tipos solitarios buscan compañía de pago. Es curioso que Rhonda esté sentada en uno de esos sillones que en su día fueron rosa oscuro, pero que ahora la oscuridad es pura porquería. Ella sorbe una copa con una pajita y cuando me ve, me saluda como si de verdad se alegrase de verme. Los dos matones la rodean y los pocos tíos que hay se han arrinconado en la barra. Incluso las chicas están de pie, al lado de la pared. Creo que no se atreven ni a moverse. Puede incluso que los esté reteniendo.

—Bueno, Rhonda, ¿me vas a explicar por qué querías matarme?

—Siéntate, ¿quieres una copa? No está mal del todo.

—No quiero una copa. Contesta. ¿Ya no te acuerdas de que te salvé la vida?

—El pasado, pasado está —contesta con toda su cara—. Mi amiga me aconsejó que te liquidara, con toda la razón. Creo que estás con el poli o has hecho un trato.

—¿Tu amiga? ¿De verdad? ¿Confías en esa rubia de bote en lugar de en mí?

—Ella me entregó a los Omega. No tardará en escucharse una gran explosión y todos ellos morirán.

—Pues vale, pero pensaba que me ibas a contratar después de la entrega, que, por cierto, era falsa.

—Claro, cariño. Si los Omega enviaron a este tipo grandullón, era porque el camión estaba fichado. Los explosivos vinieron por tren en cajas de *souvenirs* auténticos de arte nativo americano, muy frágiles. Los van a exponer en el museo Nacional del Indio Americano, en el bajo Manhattan.

—¿Allí vais a poner las bombas?

—No, nunca dañaría un museo —contesta casi escandalizada.

—¿Entonces?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo amigos en la ciudad, al menos les diría dónde no tienen que ir.

—Hola, ¿qué hace esta aquí? —dice la rubia platino sentándose al lado de Rhonda.

—Si no te callas la boca, matarte aquí y ahora —amenazo y ella da un respingo. Mira a Rhonda, pidiéndole explicaciones, pero ni le hace caso. Cierra los puños y frunce el ceño, con un desagradable gesto.

—No me apetece contarte mis planes, pero desde luego, me iría del centro. Desde aquí podrás verlo, no llegará.

—No estoy en contra de asesinar a quien lo merece, lo sabes, pero ¿a inocentes? No me parece bien.

—No son tan inocentes, son neoyorkinos —dice la rubia. De un movimiento que ella no espera, me levanto y le doy un puñetazo en la nariz, que le hace sangrar.

—¡Putá! Me has roto la nariz y me costó más de quince mil dólares —se gira hacia Rhonda llorando—. Mátala, mátala.

Rhonda saca una pequeña pistola de su bolso y la pone sobre la mesa.

—¿Debería matarte o dejar que la mates a ella? Es una decisión muy difícil.

Sin que pueda esperarlo, la rubia se lanza sobre la pistola y me dispara, pero no me da. Me lanzo sobre ella y forcejamos por el arma. Acaba disparándose y me aparto. Sí, tengo un agujero en el costado. La rubia mira con satisfacción la pistola y Rhonda suspira, le quita la pistola y le hace un agujero en la frente. Cae a saco, sin que parezca importarle.

—Joder.

Me aprieto la herida que siento que no es grave, pero puedo desangrarme en poco tiempo.

Los dos matones se acercan a las seis o siete personas con la pistola en la mano.

—No jodas, Rhonda, ¿los vas a matar?

—Me han visto disparar a la pesada esa. Y luego tú. Y sí, el centro va a volar, morirán muchas personas, bla, bla. Una necesita tener un currículo.

—No eras así, ¿es que no tienes corazón?

Ella se levanta y me apunta a la cabeza con la pistola.

—Ya no. Me lo quitaron todo, pues yo haré lo mismo. Tengo un negocio que atender.

—Ya veo, trabajas hasta los sábados.

—Hoy no es sábado, te confundes. Es día laborable y todos estarán en sus oficinas, hasta que ¡bum! Salten por los aires.

Sonríe y escucho un disparo, las puertas se abren de golpe y entran los chicos. Rhonda los mira y luego a mí, pero no se detiene a disparar. Se mete por unas cortinas oscuras al fondo, dejando a sus dos sicarios. Uno ya ha caído. Hope se acerca a mí y señalo las cortinas.

Ronaldo y Logan salen corriendo hacia allá y ella me levanta. A su lado, Brandon, que parece realmente preocupado.

—Voy a por el botiquín —dice Hope.

Brandon se sienta a mi lado y acaricia mi rostro.

—Estás fatal —digo. Medio sonrío y señalo mi costado.

—Tú no vas mejor.

—Creo que necesito unas vacaciones —suspiro.

Logan entra enfadado.

—Se ha escapado. ¿Pudiste sacarle algo?

—Sí. Va a volar el centro, posiblemente Wall Street. Dijo que no llegaría hasta aquí la onda expansiva.

Logan se aleja para dar órdenes. Rodríguez entra preocupada y niega, creo que tampoco han pillado a Rhonda.

Mandan desalojar el centro, y a toda la policía disponible para buscar los explosivos. Jackson baja del piso de arriba y nos muestra las cámaras de la zona. Una furgoneta blanca con un logotipo de un fénix se había ido antes de que yo llegara.

De forma rápida, hace una búsqueda por las cámaras de la ciudad, mientras vamos saliendo del club. Una ambulancia nos espera a cada uno y nos llevarán al hospital. Creo que esta vez me voy a dejar. Brandon no consiente en ir en otra y se sienta a mi lado, tomándome de la mano y mirándome ¿con ternura? No puede ser. Jamás... alguien... solo Grant... no puede ser.

Cierro los ojos y su pulgar acaricia circularmente el dorso de mi mano. La ambulancia sale deprisa hacia algún hospital. Nos atienden, nos limpian las heridas, y acabo en el quirófano.

Después de despertar, estoy en una habitación. Brandon está a mi lado, también tiene mejor aspecto, sus heridas parecen haber sido tratadas.

—Ey —digo y él se levanta sin poder evitar una mueca de dolor.

—¿Cómo estás? Parece que está de moda en el equipo tener doble ombligo.

—¿Qué ha pasado?

—Todo está bien. Gracias a las cámaras localizaron a la furgoneta, había regalitos en varios puntos estratégicos y acabaron por desactivar todos los explosivos. Han pasado varias horas y de momento, Wall Street sigue en pie.

—¿Y Rhonda?

—Desaparecida, pero está en busca y captura.

—Mató a la mujer rubia delante de mis narices. No sé qué le ha pasado.

—Esa mujer fue la que nos delató y tenía que ver con un antiguo caso de tráfico de armas. Ese en el que Jackson salió herido. Por cierto, el domingo nos ha invitado a una barbacoa.

—¿En serio? Joder, si estoy hecha polvo. Ya sé que la herida ha sido muy lateral y tú tienes que descansar. Te jodieron bien, lo siento.

—Nada que no se cure en unas semanas. Y tú cicatrizas bien, según me han dicho. No es la primera vez que te agujerean ¿no?

—Para nada —respondo pensativa—. Está bien, si me dan el alta, iré, pero me voy a largar de tu equipo. Jackson estará a punto de incorporarse.

—Ya —dice pensativo. Me mira de forma tan intensa que quiero que se quede así para siempre—. ¿Qué vas a hacer cuando estés bien?

—Necesito ir a ver a mi madre y a mi... hermano. Me tomaré unas merecidas vacaciones, para pensar y eso.

—Claro, eso está bien. Posiblemente te den el alta en pocos días. ¿Necesitas algo que pueda traerte?

—No, estoy bien. Ve a descansar.

Parece contrariado, pero sonrío y se va por la puerta. No puedo, no todavía y además, está lo de Matt. Una enfermera entra para mirar mi gotero.

—Disculpe, ¿mi móvil está por aquí?

—Sí, su marido lo dejó en el cajón, se lo alcanzo.

Sonrío sin molestarme en rectificar. Ha sonado bien. Marco un contacto y enseguida descuelgan.

—¿Mamá? Hola,... sí estoy bien... iré a veros en unos de días y me quedaré allí un tiempo. Sí, yo también. Besos, hasta pronto.

Cuelgo y miro las fotos de mi móvil. La última es de ayer mismo. Matt está creciendo mucho y me duele en el corazón que cada vez se parezca más a Grant. Una lágrima de rabia y de dolor se atreve a salir de mi ojo. La limpio y una idea me ronda por la cabeza. Tal vez sea hora de pasar página.

Me voy del hospital a casa. Logan ha insistido que tenía que descansar, pero no quise irme hasta saber que ella estaba bien. Después, ocurrió lo que tenía que ocurrir: ella me alejó.

Paso toda la tarde durmiendo y parte de la noche. A las seis de la mañana del día siguiente estoy en la oficina con bollos y preparando café. Jackson sale de la habitación somnoliento y me da un gran abrazo, que molesta menos que ayer.

—¿Cómo estás?

—Tirando. ¿La operación?

—La organización está desmantelada, pero a la jefa no la hemos pillado. Eso sí, los empleados están contando hasta qué talla usan de pantalón. Me da que no eran muy fieles a ella.

—Creo que era una especie de psicópata.

—¿Y Leo?

—Está bien, recuperándose.

Doy un sorbo al café para no tener que dar más explicaciones y parece que Jackson me entiende. Se sirve una taza y toma un bollo de los que he traído.

—El domingo vendrás a la barbacoa, ¿verdad? ¿Sabes si Leo...?

—Iré, pero no sé si lo hará ella. Quería irse a ver a su familia.

—Ah, claro.

—Buenos días, compañeros —dice Hope entrando con una gran sonrisa. Me da un abrazo, algo que me sorprende, no es dada a ello—. Campeón, casi te perdemos, joder.

—Pero aquí estoy. ¿Un bollo?

—Claro.

Se sienta con Jackson y veo que parece algo más cómoda... hasta que llega Ronaldo, entonces se tensa y le cambia el humor. Logan entra enseguida y ambos me dan un abrazo.

—No hace falta que nos reunamos en la sala para deciros que la operación ha sido un gran éxito —nos felicita el jefe—, hemos desmantelado esta organización que traficaba con armas y

explosivos, hemos evitado que volasen Nueva York, y los jefes están impresionados. Sois un gran equipo.

Aullamos y damos golpes en la mesa. Luego nos reímos un rato.

Hope alza su taza y su voz y hace un brindis.

—Por el equipo Omega.

Levantamos nuestros cafés y chocamos tazas. Luego, ella y Logan se van a hablar a su despacho. Cuando salen, al rato, Logan se vuelve a acercar a nosotros.

—Creo que os merecéis, nos merecemos un descanso. Dos semanas libres para recuperaros, viajar o estar con las personas que queréis.

Jackson aplaude, en realidad es el único que tiene a alguien.

—Yo me voy a ver a mi hermana en Charleston —dice Hope—, ayer se puso en contacto conmigo.

—A ver si te vas a liar con uno de esos sureños, dicen que son muy fuertes, ya sabes —dice Ronaldo con cierta mala intención.

—O con dos, si me apetece —contesta ella. Se levanta y se va a su habitación.

—Eres un poco burro —le digo a Ronaldo, que se encoge de hombros y se baja al gimnasio. Jackson y yo nos miramos sin saber qué decir.

—Bella se alegrará de que tengas vacaciones y de paso, terminas de recuperarte.

—Sí, además la han invitado a Los Ángeles, han empezado a rodar una serie basada en sus libros y se va a alegrar de que pueda ir con ella. Me lo había dicho pero... ya sabe que este trabajo...

—Este trabajo es difícil para tener una familia. Me alegro mucho de que estés con Bella, de verdad.

—Dile a Leo que venga a la barbacoa, así nos despedimos. Supongo que ella volverá a su puesto en el FBI.

—Ni idea. Me dijo que se quería ir con la familia, que quería pensar.

—¿En ti? He visto cómo os miráis, como os habéis preocupado el uno del otro.

—No sé, Jackson. Pensé que quizá... pero es posible que no interpretara bien.

—¿Qué hay de malo en intentarlo? Si te dice que no, pues ya lo sabes.

—Está bien, le diré lo de la barbacoa y veremos.

—Eso es, y ahora deberías descansar, tienes cara de mono.

—Sí, me voy a casa. Nos vemos el domingo.

Me despido de Logan que también me insta a que descanse y me voy a mi pequeño apartamento, donde vuelvo a acostarme. Suelo recuperarme pronto aunque esta vez no me preocupan mis heridas, sino ella.

Después de dos días en el hospital, insisto en que me den el alta. Tengo billete de avión para el lunes por la mañana. Tanto Brandon como Jackson y Hope han insistido en que acuda a la barbacoa. No sé si debo, pero si quiero hacer las cosas diferentes a partir de ahora, debo cambiar mi actitud, despedirme de un equipo que me ha apoyado y defendido.... Y de él.

Cuando llego al ático donde viven Jackson y Bella me sorprende, pero recuerdo que ella es una autora famosa. No he leído ningún libro suyo, pero tal vez lo haga. Está amueblado sin ostentación, sencillo y nada más entrar hay una sala luminosa que da a una terraza con doble puerta. Allá afuera está todo el equipo, con la barbacoa. Tiene incluso un jardín.

—Esto es precioso, Bella, gracias por invitarme —digo cuando me sale a recibir. Me da un tímido abrazo y me invita a entrar.

—Eres parte del equipo, ¿cómo no iba a hacerlo?

Dejo mi bolso en el sofá y salgo. Al momento, Brandon se acerca y me da un suave abrazo. Los demás también vienen a saludarme y a ver cómo estoy. Me siento algo... incómoda, pero no molesta.

—¿Quieres tomar algo? —dice Brandon mientras los demás se alejan. Veo que también está la inspectora Rodríguez hablando en una esquina con el jefe.

—Una cerveza sin alcohol.

—Hecho.

Se aleja hacia un cubo con hielo y bebidas, y me trae el botellín.

—Tienes mejor aspecto.

—Cicatrizo rápido. Tú también parece recuperado.

—Sí, casi del todo. Así que... ¿te vas a casa?

—Sí, a Hawai. Mi madre vive allí y quiero verlos. Después de lo que me ha pasado, necesito estar un tiempo con ellos.

—Claro, es muy razonable.

—¿Y tú? Me dijo Logan que teníais dos semanas libres.

—Mis padres andan liados con una excavación en el Mar Rojo. Puede que los vaya a ver, pero un par de días.

—Brandon, yo...

—No tienes que explicarme nada, Leo.

—Venga, chicos, vamos a comer —dice Jackson. Brandon me mira y no sé interpretar, o quizá no quiero saber qué él siente algo, no hasta que sea capaz de aclararme.

Paso hacia la mesa donde todos se van sentando. Ronaldo está en la barbacoa, se ve que le gusta mucho cocinar. Casualmente dejan un hueco a mi lado y por supuesto, Brandon se sienta. El ambiente es distendido, incluso el jefe, que siempre está muy serio, suelta alguna carcajada de vez en cuando. Son como una pequeña familia.

—¿Quieres ensalada? —dice Brandon sacándome de mis pensamientos.

—Gracias.

Al tomarla de su mano, me roza y no puedo evitar mirarlo a los ojos, las sensaciones están ahí. Pero bajo la mirada y me sirvo en el plato. Paso la fuente a Bella, que está a mi lado.

Seguimos comiendo y charlando de mil cosas, todos juntos, quitándonos la palabra de la boca. Yo no estoy muy abierta al principio, pero después es como si los conociera de toda la vida.

Jackson sirve una tarta y después se va a la cocina. No sé qué le pasa, pero está pálido. Después, vuelve con las manos a la espalda. Me tenso, no entiendo. Para junto a Bella y, sin que nadie lo espere, se pone de rodillas.

Nos quedamos todos callados, aunque a Ronaldo se le escapa una risita, hasta que Hope le mete el codo en las costillas.

—Mi amor, Bella, desde que te conocí, has cambiado mi vida, la has llenado de amor y lo único que deseo es pasar todo el tiempo posible junto a ti. Lo mío no son las palabras, seguro que tú escribirías una declaración de amor más bonita... yo solo sé que te quiero y que me gustaría que nos casásemos.

Abre la caja con un precioso anillo y ambos se levantan. Bella lo abraza llorando emocionada.

—Sí, sí, claro que sí —dice medio gritando. Todos aplaudimos y él le pone el anillo en el dedo. Se dan un beso que me hace envidiarlos y luego se detienen debido a los aullidos de los compañeros.

—¡Enhorabuena! —digo y como Bella estaba a mi lado, me da un gran abrazo.

—Ojalá tú seas tan feliz —me dice al oído.

Pasa por todos los compañeros, que la achuchan y a Jackson le caen palmadas en la espalda que tirarían a cualquiera.

Al cabo del rato, me levanto y empiezo a despedirme, pero Rodríguez me llama aparte.

—Leo, ¿vas a volver al FBI?

—Supongo, no lo he pensado todavía. Creo que necesito un cambio de vida, por eso me voy un par de semanas con la familia.

—Me parece muy bien, y parece que el Universo nos está ayudando. Verás. Voy a ascender a comisaria de zona.

—¡Enhorabuena!

—Gracias, y por eso, necesito un enlace con el equipo Omega, alguien que los conozca bien y que pueda manejarlos —sonríe—. Tal vez te interese el puesto.

—Oh, vaya, es una sorpresa... ¿me dejarías pensarlo unos días?

—Desde luego. Mi cargo no se anunciará hasta dentro de un mes, aunque me gustaría que te incorporases antes, si aceptas, para explicarte cómo va todo. Tal vez en tres semanas. Y, por supuesto, te ayudaría en lo que necesitaras.

—Te agradezco muchísimo la confianza —digo tragando saliva. No esperaba esto de ninguna manera.

—Sé que te gusta trabajar por tu cuenta y que ser inspectora no te va a librar de la calle, pero es cierto que hay papeleo y algo de política interna, sobre todo, cuando se trata del equipo, pero estoy más que segura de que eres la persona adecuada. Y no habría problema en si... Brandon y tú... o sea, ya me entiendes.

—De eso no hay nada —suspiro.

—Todavía. Te mira como un cachorrito. Un enorme y gran cachorrito —comenta echándose a reír.

Me vuelvo y lo miro de reojo. Es verdad. No puedo evitar sonreír.

—Gracias, inspectora, de verdad. Es algo inesperado, pero me gusta la idea. Solo que debo soltar algo de lastre de mi pasado. Necesitaré esos días.

—Por supuesto. Tienes mi teléfono, así que llámame cuando te decidas.

Termino de despedirme de todos y Brandon me acompaña a la puerta.

—¿Necesitas que te lleve al aeropuerto? —pregunta amable mientras cojo el bolso.

—No, mi avión sale a las ocho de la mañana, no te haré madrugar.

—Estaré aquí, Leo. Solo llámame.

—Sí, lo haré.

Le doy un beso suave en la mejilla y salgo por la puerta. Las lágrimas intentan emerger y las reprimo todo lo que puedo. ¿Sería ideal que aceptase el puesto que me ofrece Rodríguez y lo intentara con Brandon? Sí, lo sería, pero sé que ahora mismo, en este momento, no puedo. No.

BRANDON

Cuando la veo marcharse, me quedo hecho polvo. Miro a la puerta como si, por casualidad fuera a entrar, hasta que alguien me da una palmada en la espalda.

—Me parece que Leo te gusta mucho, ¿no es así? —dice Jackson. Me encojo de hombros.

—Puede que no sea el momento adecuado.

—¿Y cuándo lo es? ¿Esperarás a que vuelva o a que se vaya a trabajar a otro lado? ¿Y si por esperar es demasiado tarde?

—Ya me dieron un palo bien grande hace tiempo.

—Ah, o sea que es eso. No quieres volver a sufrir.

—Tu futura esposa te ha cambiado, ahora eres sensible —sonrío para quitarle importancia. Pero Jackson es como un perro, cuando agarra el hueso, no lo suelta.

—Hermano, sé que es difícil, pero ni no te arriesgas, vas a quedarte con la sensación para siempre.

—¿Y qué hago? Se va mañana en avión.

—Logan nos ha dado vacaciones. ¿No te apetece ir al idílico Hawái? Si no te va bien, siempre puedes pasar unos días tranquilo. O podrías volver, sin más. ¿Qué puedes perder? ¿El billete de avión? No tiene comparación con lo que puedes ganar.

—Joder, Jackson, de verdad que has cambiado.

—O siempre fui así, pero Bella ha sacado lo mejor de mí.

—Y ahora os vais a casar...

—Sí, quizá en seis meses. Todavía no lo hemos hablado.

—Es una mujer estupenda.

—Y Leo también lo es. Quizá sea algo combativa, intensa, por decir algo y de ninguna manera creo que puedas decirle jamás lo que tiene o no que hacer.

—¿Acaso tú se lo dices a Bella?

—No, para nada. A lo que me refiero es que no es como Melody, que posiblemente

dependiera más de ti. Ella es fuerte e independiente.

—Lo sé. Despídeme de todos.

—¿Y ahora dónde vas?

—Voy a hacer mi bolsa y a buscar un billete.

—Bien hecho, chaval.

Jackson me da un abrazo de hermano y salgo corriendo, ilusionado y a la vez, nervioso. Llego a casa, hago la bolsa y compro un pasaje milagrosamente para el mismo avión, aunque sea en primera clase que me cuesta algo más. No me importa.

Casi no pego ojo y a las seis de la mañana estoy en el aeropuerto. Tomo un café sorprendentemente bueno. No la he visto subir al avión, porque embarqué por otra puerta.

Ya está todo decidido. Me siento en mi cómodo sillón mientras el avión despegue y cuando nos podemos mover, voy a investigar. Solo falta que ella haya decidido no viajar. Sería gracioso.

Camino por el pasillo medio agachado y por fin, la veo. Está con los auriculares puestos y los ojos cerrados. El tipo que hay a su lado me mira y le pido por favor que se levante.

Después de intercambiar nuestras plazas tan feliz por su parte, me siento al lado de Leo. Sigue con los ojos cerrados, no sé si está dormida. Su mano descansa sobre el reposabrazos y no puedo evitar tomarla y acariciar con el pulgar el dorso. Ella sigue dormida, creo yo, y suspiro. Entonces sonrío y me mira a los ojos, quitándose los auriculares.

—¿Me estás siguiendo o vas de vacaciones?

—¿Tú qué crees? —digo sin soltar su mano.

—Que es algo muy bonito, Brandon, pero no sé si estoy preparada.

—Ni yo. Solo... podemos intentar que suceda.

Me mira, se muerde ese labio que desearía atrapar y asiente.

—Pero antes tengo que decirte algo.

—Por supuesto.

—Mi madre vive en Hawái, como sabes, y cuida de un niño, que no es mi hermano, sino mi hijo y el de Grant, el hermano de Rhonda. Cuando estuve infiltrada me enamoré de él.

Asiento, sin soltar su mano.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco y medio. Es un niño guapísimo.

—¿Tienes una foto?

—Claro, pero Brandon, ¿es que no te importa que tenga un hijo?

—¿Por qué me iba a importar? ¿Qué hay de malo en ello?

Me mira y acaricia mi rostro.

—Eres un hombre único.

—Soy un hombre normal, como los hay muchos.

Se queda mirándome, y noto las emociones pasando por su rostro. Al final sonrío.

—Está bien, pero primero quiero estar un tiempo con mi familia, necesito recuperarla.

—No hay problema, reservaré una habitación del hotel que me aconsejes, y esperaré por si te apetece venir a verme.

—Posiblemente me apetezca —dice acercándose un poco más. Me da un suave beso que me sabe a poco y aunque tenga ganas de ella, no vamos a montar el espectáculo en el avión.

Charlamos un rato más hasta que aterrizamos y después de aconsejarme un hotel, me despido de ella con un beso algo más apasionado.

Llamo a Jackson y le informo de que todo está yendo muy bien. Se alegra de verdad. Tomo una habitación doble en el hotel que me ha recomendado. No es excesivo, pero se ve cómodo y limpio. Además, tiene gimnasio y piscina.

Me siento más relajado y me apetece salir a dar una vuelta. Ella tiene mi teléfono, le quiero dar todo el tiempo que necesite. Me siento en un banco, observando la playa. El mar está algo revuelto y a pesar de ello, los surfistas se deslizan por las olas con precisión. Hay bastantes turistas que pasean tranquilos, ajenos a cualquier cosa mala que existe en el mundo. Hemos evitado que miles de personas mueran en Nueva York, se ha detenido a gente muy mala, y eso me hace sentirme algo mejor, sin duda. Pero este es un trabajo difícil y muy peligroso, seguramente no es apropiado para formar una familia. Espero y deseo que a Jackson y a Bella les vaya bien.

Me quedo un buen rato mirando el mar hasta que voy a comer algo. Ya de noche, recibo un mensaje de Leo y quedamos en un bar, de momento también prefiero hablar primero.

La veo, feliz y preciosa, lleva un ligero vestido de flores, se nota que está relajada y sonríe.

—¿Qué tal? ¿Te gusta la maravillosa isla de Oahu?

—Es increíble, como tú.

Me da un suave beso en los labios, nos tomamos de la mano y caminamos en silencio, solo respirando la suave brisa que mueve el vestido de Leo.

—¿Sabes? —acaba diciéndome—, le he dicho a mi madre y al pequeño que se vengán a vivir a Nueva York, conmigo. Quiero...no, necesito cambiar de vida. Puede que me guste la acción, que trabaje bien como infiltrada, pero esa etapa ya pasó. Me gustaría que ellos estuvieran más presentes en mi vida.

—¿Y qué te han dicho?

—Mi madre suele apoyarme en las decisiones, incluso en las difíciles, aunque es cierto que hemos tenido algún encuentro... pero ella también cree que Matt debe crecer a mi lado. Está dispuesta a pasar tiempo con nosotros, pero no quiere mudarse.

—Vaya, ¿y Matt?

—Supongo que será difícil para él. Vivir aquí es como estar en el paraíso. Lo bueno es que una de mis primas quiere estudiar arte allí y se ha ofrecido a cuidarlo cuando yo no pueda.

—Muy bien, son buenas noticias.

—Y tengo más. La inspectora Rodríguez me ofreció un puesto de enlace entre la sección Omega y la policía, creo que podría interesarme. ¿Qué te parece todo esto?

Se para y me mira frente a frente, seria, o más bien preocupada. Acaricio su rostro con ambas manos, recorriendo sus pómulos hasta su barbilla, deleitándome con la suavidad y mirando a la mujer con la que querría compartir toda mi vida.

—Si tú me aceptas, me gustaría estar contigo en esa nueva etapa, no hay ningún tipo de incompatibilidad de trabajo y estaría encantado de conocer a Matt.

Ella sonríe y dejo de respirar por un momento. Mi corazón se acelera cuando se acerca a besarme. Sus labios son suaves, yo quiero ser delicado, pero ella demanda más y se lo doy. Puede que alguien se escandalice de que nuestros besos sean tan apasionados y poco que me importa.

Leo suelta una risita y se aparta un poco de mí, acariciando mi torso. Con una sonrisa traviesa me toma de la mano.

—Deberíamos acabar esto en la habitación de tu hotel, ¿no te parece?

—Espera un momento. Yo no sé expresarme muy bien. Quería decir antes que quiero estar contigo, que estoy enamorado de ti y que...

—Yo también te quiero, *big boy*, lo sé. Y también lo he visto en tus ojos. A veces no son necesarias las palabras, los gestos hablan por sí mismos. Tú hablas con tu cuerpo.

—Pues mi cuerpo te querría decir muchas cosas a solas y sin ropa —digo sin poder evitarlo.

—¿A qué esperamos?

Caminamos deprisa, nos urge desnudarnos, amarnos una y otra vez, y justo antes de llegar al hotel, me para.

—Espera, espera... quizá prefiero que conozcas a mi familia antes de pensar en algo serio.

—¿Crees que voy a salir huyendo? —digo acariciando su rostro.

—No, pero esta vez querría hacerlo de otra forma.

—Claro. Te acompaño a casa.

Ella sonríe y caminamos de la mano. Por supuesto que la deseo, pero puedo esperar. Lo cierto es que la esperaría siempre.

Me despierto emocionada, pletórica. ¿A ver si resulta que siempre he sido optimista por naturaleza y resulta que lo tenía oculto?

Mi madre se asoma y me mira de arriba abajo.

—Esa sonrisa es como cuando empezaste a salir con el jugador de rugby ese, ya ni me acuerdo cómo se llamaba.

Se sienta a mi lado, me toma la mano y me mira. Noto sus arrugas de preocupación.

—Sí, mamá, estoy enamorada y me corresponde.

—Pero ¿es un buen hombre? No quisiera que...

—Lo es. Me gustaría presentároslo. Está aquí.

—¿Habéis venido juntos?

—No, el decidió venir, decidió no perderme.

—Eso es bonito. Invítalo a comer —dice palmeando mi mano—, y yo veré si tiene buenas intenciones o no.

Sonrío. Mi madre es capaz de amedrentar a un tío de casi dos metros aunque ella no pase del metro sesenta. Le envió un mensaje a Brandon y acepta. Con todo lo que he pasado a lo largo de mi vida, los peligros a los que me he enfrentado y que he estado a punto de morir, esto me pone de los nervios.

Me llevo a Matt al parque. Hace poco le contamos que yo era su mamá y le pareció bien. Es un niño adorable. Creo que no entiende bien por qué no estamos juntos, pero eso se solucionará pronto.

Lo monto en los columpios y jugamos con otros niños. Me giro cuando un coche pasa despacio por la calle.

—¡Mami! —grita mi pequeño y yo cambio mi mente de policía a madre. Sonrío, feliz porque él viene hasta mis brazos.

—Debemos irnos para casa o la abuela nos reñirá.

He quedado con Brandon en unos minutos, cerca del parque. Cuando nos vamos acercando, lo veo, con una caja en la mano. Está nervioso, lo siento y sonrío.

—Hola, Brandon. Él es Matt, hijo, es un amigo de mamá.

El niño tiende la mano con los ojos muy abiertos y él se agacha para ponerse a su altura.

—¿Cuántos años tienes, Matt? ¿Diez?

Matt se ríe y pone cinco con su manita. Brandon aprovecha para chocársela.

Luego, se levanta y yo le doy un suave beso en los labios. ¡Joder! Si parecemos una familia normal. El corazón me salta porque ¿es posible eso para mí?

Matt me pide brazos y Brandon se ofrece a subirlo a sus hombros.

—¡Qué alto se ve todo! —exclama emocionado.

Caminamos despacio hacia la casa, disfrutando del paseo. Cuando llegamos, baja a mi pequeño que corre hacia la puerta.

—Mi madre es...

—Tu madre querrá protegerte, como todas —dice sonriendo—, no te preocupes.

Abro la puerta y sale ella, mira a mi chico de arriba abajo y nos deja pasar. Matt lo ha cogido de la mano y se lo lleva al sofá, para enseñarle sus dinosaurios.

—Es grandote —dice mi madre, pero no tiene mala cara—. ¿Así que es policía? Eso me parece bien.

—Gracias —digo y ella se gira hacia mí por si es algo irónico, pero de verdad agradezco que lo acepte.

—Venga, a comer.

Brandon le da la caja a Matt, y esperaba algo diferente, pero es gracioso porque le ha comprado un dinosaurio para montar, adecuado para su edad.

Nos sentamos a la mesa y como esperaba, mi madre empieza a interrogarle.

Brandon sonrío y contesta con sinceridad a todas sus preguntas, desde por qué no está casado a si quiere tener hijos o la peligrosidad de su trabajo.

Me entero de que tuvo una relación que no funcionó por sus horarios, que le encantaría tener hijos y que sí, como ya sabemos, su trabajo es peligroso.

—Está bien —dice mi madre por fin—. Voy a por el postre.

Cuando se va a la cocina, seguida al trote por Matt, Brandon me mira y me toma la mano.

—¿Habré aprobado? —pregunta guiñándome el ojo.

—Eres el primer hombre que viene a comer a casa, y todavía no te ha echado así que imagino que sí.

Me levanto para hacer cafés y mientras Matt se va a jugar con el nuevo dinosaurio, mi madre mira a Brandon seria.

—Creo que eres bueno para mi hija. Ella siempre ha estado en otro mundo, en ese en el que trabaja. No sonreía, ni era verdaderamente feliz. A pesar de que no me gusta que vuestro trabajo sea peligroso, mejor policías que delincuentes. Leo ha cambiado. Supongo que es el amor.

—Yo también la quiero, de verdad.

—No, si eso se ve. Parecéis dos adolescentes —ríe mi madre, pero luego se pone seria—. Espero que os cuidéis bien, el uno al otro. Vuestro trabajo no es fácil, lo sé, pero hacéis el bien. Solo que... no soportaría...

—Haré todo lo que esté en mi mano por protegerla, se lo juro.

—Yo me sé proteger sola, mamá. —Me giro hacia Brandon—, pero te lo agradezco.

—Perfecto, pues id a pasear. Kailani va a venir a por Matt ya que tengo la reunión con mis amigas.

Ayudamos a recoger la mesa, nadie le ha dicho nada a Brandon, pero él se levanta, y gana tres puntos más con mi madre. Luego acude mi prima y se lleva a Matt, que se despide de Brandon con un abrazo.

Salimos de la mano, para pasear con tranquilidad. Él suspira profundo.

—¿Qué? —pregunto divertida.

—Esto ha sido más duro que un examen de secundaria —dice y cuando lo miro seria se echa a reír—. Entiéndeme. Nunca había conocido a una futura suegra... además tan celosa de la felicidad de su hija y su nieto.

—¿Una futura suegra?

—Sí, más adelante, cuando ambos estemos seguros... preparados, tal vez podríamos pensar en dar un paso más importante. Cuando sea, Leo.

Me detengo y paso le paso los brazos por la nuca. Nos quedamos mirando un rato, solo eso.

—Mi madre tiene razón, me has cambiado la vida de una forma que ni sospechaba. Es como si hubiera vuelto a como era cuando tenía veinte años.

—Tú también me has cambiado, Leo. La vida no te ha tratado bien, quizá a mí tampoco, pero ya estamos los dos para darnos el cariño que nos merecemos.

Me da un beso suave y seguimos paseando, hablando de nuestro pasado, pero sobre todo de nuestro futuro. Quizá no sea fácil compatibilizar nuestros horarios, pero seguramente nos veremos en el trabajo y después puede venir a dormir a casa.

—Creo que ahora sí me apetecería pasar la noche contigo.

—¿Ahora? —sonríe.

—Vale, me apetece siempre, pero..

No me deja continuar, sus labios me atrapan con fiereza, sin pausa, con pasión. Se aparte un poco y apoya su frente en la mía.

—Joder, estaba deseando besarte durante todo el día —confiesa.

—Vamos a tu hotel, pasemos la noche besándonos en todas partes del cuerpo.

Él asiente y de la mano, caminamos hacia el lugar. Me suena el teléfono. Es mi madre, bien, así le avisaré de que no iré a casa a dormir. Escucho sus palabras nerviosas y me apoyo en la pared, pálida.

—Vamos para allá.

—¿Qué ocurre, Leo?

—Matt, se han llevado a Matt.

Tomamos un taxi hasta la casa familiar, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está mi hijo? Brandon me sujeta la mano y acaricia el dorso, mientras urjo al conductor. He trabajado muchos años en la policía y he estado en situaciones horribles y peligrosas, pero nunca tuve tanto miedo como en este momento.

Mi madre se echa a mis brazos cuando bajo del taxi corriendo. Brandon me sigue, sin decir nada.

—¿Qué ha pasado?

—Kailani se llevó a pasear a Matt, a tomar un helado y, cuando volvían a casa, los vi desde el principio de la calle. Todo fue muy rápido. Una furgoneta negra frenó a su lado, se abrieron las puertas y los atraparon. Llamé a la policía.

Como si los nombrasen, aparecen dos coches patrullas y salen cuatro policías. Otro coche, de un inspector, supongo, aparca tras ellos.

Saco mi placa y sus rostros cambian.

—Han secuestrado a mi hijo y a mi prima, que lo cuida. Una furgoneta negra. Tienen que encontrarlo —digo, con un toque de histeria en la voz que no puedo controlar.

Brandon saca su placa también y me da la mano, para que me tranquilice.

—Pasemos dentro.

Entramos todos en la casa, aunque yo estoy impaciente por ir a buscarlo. Él me tranquiliza con la mirada.

—¿Hay cámaras por la zona? ¿Algún banco o comercio?

—Esta es una zona residencial —dice el inspector O'Hara, que se ha presentado nada más entrar—. No hay cámaras, pero nos pondremos a buscarlo enseguida. ¿Tiene una foto?

Mi madre va a buscar un marco y saca la foto para dársela al inspector. En ella mi hijo y Kailani sonríen. Si lo pierdo...

—¿Podría tener algo que ver con alguno de sus casos? —dice el inspector mientras un patrulla

hace una foto a la imagen y la pasa para dar el aviso.

Me quedo pálida. ¿Podría ser? Pero...no es posible...

—Yo..., quizá su tía haya venido, pero... ¿cómo sabía?

—Quizá podamos echar un vistazo a las cámaras del aeropuerto. Mi compañero tiene un programa muy avanzado de reconocimiento facial.

El inspector asiente y Brandon se va a un rincón a hablar con su equipo, con Jackson o Logan, quizá.

—Solo puede salir de la isla por avión o barco, quizá un helicóptero hasta alguna embarcación grande —dice el inspector—, pero hay muchos yates privados. Pondré policía en el aeropuerto y en el puerto también. ¿Tienen alguna foto de esa mujer?

Niego con la cabeza.

—Si ha estado fichada, le enviaremos una foto de ella. Mi compañero ya está conectado al satélite y pronto sabremos si ella está aquí. No descartaría otros tipos de secuestro.

—Necesito salir ya a buscarlo. Mamá, quédate aquí y llámame con lo que sea.

Corro a mi habitación, me pongo unos vaqueros, una camiseta y cojo mis dos pistolas que meto en la funda que engancho al hombro y la cintura. Solo me ha costado un minuto y Brandon también está preparado. No sé si lleva una arma, así que le tiendo una de las mías. Se la mete en la cintura y asiente.

—Mamá, dale mi número al inspector O'Hara. Sé que no es lo más adecuado, pero voy a buscarlos. Llámeme con lo que sea.

Voy al garaje y quito la manta de mi moto.

—Conduce tú, yo busco —digo y Brandon arranca sin dudarlo. Nos dirigimos a las afueras, buscando esa furgoneta negra. Sé que es algo complicado, que seguramente no sirva de nada. El teléfono le suena y aparca en un lateral.

—Jackson, ¿qué sabes?

Pone las manos libres y escuchamos atentos.

—Alguien muy similar a la tal Rhonda llegó esta mañana en avión, una hora después de vosotros. Como está fichada y tenemos una foto, pude hacer un reconocimiento de rostro. También se la he pasado a la comisaría. En cuanto a la furgoneta, es muy difícil, hay dos posibilidades, localicé una que fue hacia el aeropuerto Inouye, es posible que salga por avión.

—No lo creo, es muy lista. Irá por mar. El puerto que sale a mar abierto es el Hawaii Kai Marina, Jackson, ¿puedes mirar en esa zona?

—Ahora mismo. Os digo algo.

Colgamos y nos volvemos a subir en la moto.

—Creo que va allá. No sé si es una intuición equivocada...

—Tienes instinto —contesta Brandon—. ¿Por dónde voy?

—Toma la H1 y te iré indicando.

Arranca quemando ruedas y le voy diciendo, mientras sigo buscando por las calles, como si

pudiera encontrarlo. Pasamos por la autopista 72 y llegamos al complejo. Es un lugar residencial, con casas más o menos lujosas que tienen amarres propios para barcas pequeñas e incluso yates de mediano tamaño. Si tiene acceso a alguno, lo perderé. Si me he equivocado de lugar, lo perderé. Intento mantener mi respiración controlada o no seré capaz de pensar.

El teléfono vuelve a sonar. De nuevo nos detenemos en un lateral, tras pasar un pequeño puente bajo el que hay un pequeño canal de agua.

—Brandon —dice Logan—. Hope y Ronaldo van en un avión hacia allá, pero tardarán al menos nueve o diez horas en llegar. No creo...

—No llegarán a tiempo —dice él—. ¿Ha encontrado algo Jackson?

—Encontré una posibilidad en un lugar llamado Hawaii Kai Marina, no es seguro pero...

—Estamos justo ahí —interrumpo—, ¿dónde, Jackson?

—Bien, vi a tres personas, una de ellas un niño, rodeadas de dos hombres grandes. No conseguí ver sus caras. Entraron en una casa de color azul claro.

—Sé cuál es. Vamos.

Brandon sigue mis indicaciones y llegamos a la casa. Salto de la moto y corro hacia dentro de la casa, atravesando el jardín. Noto que él me sigue y sin encomendarme a nadie, tiro la puerta de una patada. Nos reciben disparos y él me aparta a un lado, tras una pared.

—¡Joder, Leo!

Sin esperar, salgo disparando y él me cubre también, sin parar. Los dos tipos caen y voy corriendo hacia la parte trasera de la casa, donde está el pequeño puerto.

Una lancha se aleja mientras mi prima Kailani está tirada en el suelo. Miro frustrada hacia el lugar y busco con desesperación alguna otra embarcación. Brandon está atendiendo a mi prima y sin dudarlo, me monto en una lancha rápida y salgo tras ella. Él grita algo, pero no le hago ni caso. Las gotas de agua me golpean el rostro y se confunden con mis lágrimas de rabia. Veo un gran yate al final y sé que si se suben allí, no los podré atrapar, así que acelero e intento recortar las distancias. La embarcación va dando saltos, y la suya aumenta la velocidad. Más vale que no le pase nada a mi hijo...

Mientras atiendo a la muchacha, que solo está inconsciente, veo con horror que Leo se ha metido en una lancha y se lanza a por ellos. Llamo al inspector para que avise a la guardia costera y envíe una ambulancia a la casa.

Me levanto, buscando otra lancha. Leo se aleja y no he podido pararla, ni protegerla. Llamo a Jackson.

—Creo que los tenemos. Busca un yate cerca de mi localización, tiene que ser medianamente grande, avisa a los guardacostas para que los detengan.

—Entendido.

Salgo corriendo, atravieso un jardín donde una familia estaba comiendo y me acerco a su lancha. El padre de familia hace un gesto hacia mí, pero saco mi placa y se quedan quietos. Arranco la lancha y salgo detrás de ella, a la máxima velocidad que puedo alcanzar. Veo un yate anclado a varias millas de distancia y las dos lanchas, como dos puntos lejanos de mí, pero cada vez más cerca la una de la otra. No sé cómo la va a parar.

La primera lancha ha llegado al yate y sube por la parte trasera a toda velocidad. Leo consigue entrar también, a pesar de que la compuerta se estaba cerrando. El yate empieza a moverse y sé que no lo voy a alcanzar. Al fondo, veo un par de embarcaciones RB-S y un helicóptero que se dirigen directamente al yate. Hago señas y el pájaro se acerca, lanzan una escala y les hago señas para que sigan hacia el barco.

Las dos lanchas están muy cerca, pero el helicóptero es capaz de pasarlas y nos acercamos. En la superficie del yate, hay al menos tres tipos con AK-47, que disparan sin tregua. Me rozan, pero no me dan. Mi transporte vira hacia un lado, se acerca a la cubierta y me dejo caer, rondando casi hasta la barandilla. Me levanto y un tipo se lanza contra mí, pero le golpeo con todas mis fuerzas. Me disparan, y me pongo detrás del hombre, al que agujerean sin piedad. Saco mi pistola y la utilizo, lo que me da un poco de ventaja.

Desde el helicóptero, la policía también ha abatido a uno de los tiradores. Bajo a la cubierta

principal y esquivo las balas, espero unos segundos y me tiro al suelo, disparando y enseguida se escucha caer el cuerpo. Sigo bajando, hasta que llego a un elegante pasillo que da a un espacioso salón. Allí, Leo está retenida por un tipo que tiene una pistola contra su mandíbula. Está herida en la pierna y se va a desangrar.

Rhonda me mira con desagrado mientras retiene al niño que está muy asustado.

—Ya estamos todos aquí. Tú, omega, diles que se retiren o acabaré con ella y después con el niño.

Saco el teléfono mientras un tipo me quita la pistola. Leo me mira, la veo de reojo, pero yo no pierdo de vista de la mujer.

—Jackson, que se retire la policía. Tienen rehenes.

El mismo tipo que me ha quitado el arma, agarra mi teléfono y lo estampa contra el suelo.

Otro llega y avisa que se están retirando.

—¿Ves qué fácil es?

Se vuelve hacia Leo.

—Está herida, déjame hacerle un torniquete o morirá desangrada.

—La verdad es que me da bastante igual, acabaréis siendo comida de peces, pero me molesta que manche mi barco.

Me acerco soltándome el cinturón, se lo paso por el muslo y aprieto. Ella gruñe, pero no dice nada. El tipo me empuja hacia atrás y deja caer a Leo en el suelo. Estoy conteniéndome para no machacarle, pero el niño está ahí. Cuento cinco matones y la mujer.

—¿Cómo has encontrado a mi hijo? —dice Leo. No sé si quiere distraerla o necesita saberlo.

—Tengo mis medios. Fue decepcionante que no me dijeras que tenía un sobrino, que me dijeras que había muerto. Es lo único que me queda de mi familia, de mi hermano. Y ni siquiera lo estás cuidando. Menuda madre.

—Me recordaba demasiado a Grant —dice y algo en mí se parte en pedazos.

—Sí, es igual a él —contesta Rhonda y veo un atisbo de ¿humanidad? En ella. Acaricia su cabello y el niño se encoge y llora, mirando a Leo.

—Tranquilo, Matt, no va a pasar nada —dice ella. El niño asiente y se calma un poco.

—Eres un chico valiente —digo acercándome a él, para atraer la atención de los tipos que me apuntan—, y pronto estarás con la abuela.

—¿Kailani está bien? —pregunta tímido.

—Sí, ella se pondrá bien.

—Oh, qué bonito, omega. Eres tan tierno que siento ganas de vomitar —dice ella apuntándome con la pistola. Es justo lo que estaba esperando.

La tomo del brazo en segundos y disparo a los dos tíos más cercanos a Leo con su mano. Luego la golpeo con el codo y cae al suelo. Leo, mientras tanto, ha cogido el arma de uno de ellos y acaba con otros dos. El quinto, sale corriendo.

Leo se acerca a su hijo y lo abraza. El niño llora en sus brazos y me dirijo hacia Rhonda, que

ha caído tras el sofá, pero no está.

—Vamos, tenemos que irnos —digo.

Leo se apoya en mí llevando a su hijo en brazos. No sé cómo aguanta porque ha perdido mucha sangre. Salimos y un disparo nos recibe. Rhonda está en el pasillo, con una pistola y sus ojos son los de una persona que lo ha perdido todo.

Nos refugiamos de nuevo en el salón y llamo a Jackson. Se escuchan las lanchas de la policía acercándose. Rhonda ha conseguido entrar mientras salimos a la cubierta del salón, que sobresale en un costado del barco. La velocidad no ha bajado y tirarse por allí podría ser mortal.

Hay un salvavidas y Leo se lo pone a su hijo, creo que ha pensado lo mismo que yo.

—Maldita seas, Lena, me lo has quitado todo —dice Rhonda llorando y sin soltar la pistola. Saca una granada del bolsillo y le quita el seguro—. Así su hijo se reunirá con él.

La deja caer en el suelo, junto con la pistola y entonces tomo en brazos a Leo y al pequeño y doy un salto, lo más lejos del barco posible. La onda expansiva de la granada nos afecta, haciendo que se suelten de mis brazos y caemos al agua. Se hunden en el fondo y busco con desesperación a ambos. Una mancha naranja sube a la superficie, pero no encuentro a Leo que se ha hundido, tal vez inconsciente.

Me sumerjo, buscándola con desesperación. Escucho la lancha y dos personas se lanzan al agua, aguanto todo lo posible sin respirar, buscándola, hasta que tengo que salir y veo que el pequeño está en la barca, temblando. Vuelvo a sumergirme, uno de los hombres que se tiró sube, arrastrando a alguien.

La subimos a la barca, ha perdido mucha sangre y tragado agua. Una de las policías le hace la recuperación durante varios minutos, hasta que un compañero le dice que pare.

—¡No! —grito mientras lo aparto de un empujón y continúo masajeando su corazón e insuflándole aire. Escucho sollozar al niño pero yo sigo sin parar, tengo que recuperarla.

De repente, ella, empieza a toser y la giro para que saque toda el agua. Sigue muy débil y me mira con ojos vidriosos.

—Matt está bien —digo.

Ella asiente y se deja llevar por la oscuridad. El médico atiende su herida y volamos hacia tierra, para llevarla a un hospital. El niño me mira asustado y me acerco a él. Me abraza y siento que mi corazón da un vuelco. Está tapado con una manta, mirando a su madre que está siendo atendida. Se me hace interminable la llegada a tierra. Una ambulancia espera y suben a Leo, que sigue inconsciente. Matt no se separa de mis brazos y ambos subimos detrás.

—¿Se pondrá bien? —me pregunta sin dejar de abrazar mi cuello.

—Tu mamá es muy fuerte. Saldrá de esta —aseguro acariciando su espalda.

—¿Serás mi papá? —dice mirándome a los ojos. Me conmueve.

—Me encantaría y nos veremos a menudo, si te parece bien. ¿Juegas al béisbol?

—Sí. —Se acomoda en mi pecho, aunque estoy empapado—. Me gusta que seas grande.

No sé qué decir, y creo que ni hace falta. Llegamos al hospital y sacan a Leo de camino hacia

los quirófanos. Me quedo con el niño y nos dan unas mantas.

—Deberían cambiarse de ropa —dice un policía. Asiento y nos llevan a una sala donde nos proporcionan unos pantalones que me quedan cortos y una amplia camiseta. El niño lleva también unas bermudas y camiseta y nos consiguen unas *slippers* que por supuesto me quedan pequeñas.

Después de cambiarnos, nos quedamos sentados y me acerco a la recepción mientras una amable muchacha acerca una taza de chocolate caliente a Matt con unos bollos. Llamo para ponerlos al día.

«Logan, ya en el hospital. Leo ha sido herida y ha entrado en el quirófano».

«¿Tú estás bien?

«Sí, y el niño. Rhonda se voló por los aires. La policía me ha dicho que ha volado medio barco. Su cuerpo será alimento para los peces».

«De acuerdo, estoy en contacto con el inspector O'Hara. Ve informándome de cómo estáis. Tus compañeros llegarán pronto».

Me siento junto al niño, que se coloca muy cerca de mí. Las horas pasan, Matt acaba durmiéndose sobre mí. No ha consentido en que lo lleven a ninguna cama y respira tranquilo en mi pecho. Nunca había sentido... esto.

Hope y Ronaldo aparecen por el hospital y justo la doctora sale del quirófano. Voy directa a ella con el niño dormido encima de mí. Ronaldo lo toma con cuidado y sin que se despierte.

—Ha perdido mucha sangre, hasta el punto de que pensamos que no podríamos recuperarla, pero es una mujer fuerte. Sin embargo, no ha despertado.

—¿Puedo verla?

—Sí, usted puede pasar, el niño no.

—Claro.

Miro hacia atrás y Ronaldo me indica que vaya. Matt sigue dormido y Hope mira a su compañero con una expresión extraña. Sigo a la doctora hacia la unidad de cuidados intensivos.

Leo está con respiración artificial y dos goteros. Su rostro, antes de un suave color caramelo, está pálido, pero el pulso, aunque débil, es regular. Suspiro aliviado y rozo su mano, acariciando su dorso. La doctora me invita amablemente a salir y vuelvo a la sala. Cojo de nuevo a Matt, no quiero que se despierte en brazos de un desconocido.

—¿Cómo está? —pregunta Hope.

—Llena de tubos —suspiro—, pero creo que sobrevivirá.

Les explico todo lo que ha pasado y ellos escuchan en silencio. Ronaldo va a por varios cafés y Hope pone la mano en mi hombro.

—¿Cómo estás? De verdad, digo.

—Joder, Hope, si la pierdo...

—No la perderás, es una tía muy fuerte.

Entra la abuela de Matt. El niño se despierta con sus gritos y salta de mis brazos hasta los

suyos. Ella me pide respuestas.

—¿Quieres un paquete de patatas? —dice Ronaldo que llegaba con los cafés. Me da uno y se lleva al niño a la máquina.

—¿Cómo está mi hija?

—Viva, al menos. No se ha despertado, perdió mucha sangre, pero pudimos salir.

—¿Pero qué pasó?

Le hago sentarse y le cuento lo que puedo, porque hasta cierto punto, no quiero destapar los asuntos íntimos de Leo. Ella asiente.

—Sabía que mi hija trabajaba de infiltrada, por eso no podía llamarme, pero no pensé que Matt fuera hijo de uno de esos delincuentes —comenta preocupada.

—Él es un niño muy bueno y valiente. Si su padre era de otra forma, no tiene por qué ser igual.

—Lo sé, lo sé.

Hope le trae un café y ella lo toma entre sus manos, temblorosa. Matt se sienta a su lado, comiéndose un paquete de patatas.

—Me prometiste que la protegerías.

—Lo intenté, de verdad que sí.

Ella parece satisfecha ante mis palabras sinceras. Esperamos un poco más hasta que la doctora deja pasar a su madre para verla.

—Si te parece, puedes marcharte a casa, yo avisaré en cuanto ella despierte.

—Kailani está también hospitalizada, pero me han dicho que pronto le darán de alta. Sí, me iré con mi nieto, porque no tiene a nadie más que lo cuide —suspira ella.

—Pronto estará bien, ya lo verás.

Un coche patrulla los llevará a su casa. Matt se vuelve y se suelta de la mano de su abuela para darme un abrazo.

—Cuida de mi mamá, por favor.

Se lo aseguro, sin casi poder hablar. Cuando se marchan, Ronaldo se sienta a mi lado.

—Creo que debería traerte una ropa algo menos ridícula y de tu talla, *big boy*, supongo que estarás unos días aquí.

Le doy el número de habitación y se va a buscar algo de ropa. Hope me mira preocupada.

—En qué líos te metes, hombre. Debes estar muy enamorado.

—Supongo.

—Y ella, ¿te quiere?

—Va a llevarse a Matt a Nueva York y a aceptar el trabajo de enlace con Omega, el puesto de Rodríguez.

—Eso es que sí, entonces. Podréis estar juntos. Al menos, intentarlo. Supongo que nadie te va a comprender mejor que quien lo ha vivido.

—Es posible.

—Ánimo, hombre, que se recuperará y volveremos a casa.

—Gracias, Hope.

Me quedo mirando al vacío. El café que tenía en la mano está frío y es desagradable, pero al menos me mantendrá despierto hasta que ella abra los ojos.

No sé qué es antes si el dolor o el vacío. Quiero abrir los ojos, salir de ese momento oscuro que me ha atrapado. ¡*Matt!* Lo llamo.

—Está bien —escucho cerca de mí. Siento que me acarician el dorso de la mano y sé que es él. Sonrío como una tonta.

—Brandon —puedo susurrar. Sus labios cálidos acaban en mi frente y suspiro.

—Tranquila, has perdido mucha sangre, pero te estás recuperando bien. Tu pequeño está con tu madre, a la que tengo que llamar para decirle que estás despierta o acabará conmigo.

Sonrío, sí, mi madre es capaz de ello. Escucho el murmullo de su voz al teléfono, sin que me suelte la mano.

—¿Y tú? —pregunto cuando ha colgado.

—Estoy bien, no te preocupes. Han venido Hope y Ronaldo, aunque ya han tenido que marcharse. No sé si recuerdas, hubo una explosión y parte del barco voló por los aires.

—¿Y Rhonda?

—Volatilizada. No te preocupes.

—No me gusta.

Intento incorporarme y él pone un cojín debajo de mi torso. Me siento mareada, pero él es como un pilar. Un seguro apoyo para mí.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Casi tres días.

Me quedo pensativa, por su aspecto, ojeroso y preocupado, sé que ha estado aquí. Me lleno de una emoción que solo sentí una vez e incluso puede que no fuera tan fuerte.

—Gracias por cuidarme. Nos salvaste.

—Lo haría una y mil veces. Te quiero, Leo. Y si tú...

—Yo también te quiero, Brandon.

Acaricia mi rostro y lo atraigo hasta mí, me da un beso suave y se aparta.

—¿Quieres agua?

Asiento y me pasa un vaso. La puerta se abre y entra mi madre con Matt, que se echa al cuello de Brandon directamente. Ella se acerca con precaución y sonrío un poco, para que me abrace.

Brandon deja con suavidad a Matt sobre la cama y busca su teléfono. Creo que está informando al equipo. Nunca pensé que de verdad tendría compañeros.

A los dos días, me dan de alta y aunque debo tener mucho cuidado con la pierna, decidimos marcharnos ya a Nueva York. Kailani tiene que empezar el curso y está muy recuperada. Ella me ayudará. Logan me ha conseguido alquilar un piso con tres habitaciones en una buena. Sospecho que está cerca de la oficina.

Después de una semana instalados en la preciosa casa, que no puedo ni entender cómo la ha conseguido a ese precio, nos damos una vuelta por el parque cercano. Brandon acudirá allí, ha dicho que lleva una cesta de picnic. Ha estado inquieto unos días y no lo he visto tanto como quisiera, aunque no ha querido decirme nada. Todavía estoy de baja y hasta dentro de dos semanas no me incorporo a mi puesto de enlace.

Extendemos una mantita y Kailani y Matt se van a jugar a la pelota. Yo disfruto del sol no demasiado potente que me llena de vitalidad. Escucho unos pasos que ya conozco y deja la cesta sobre la manta, se sienta a mi lado y me da un beso de esos que despiertan mi fiera interior.

—Te veo bien —dice muy cerca de mí.

—Y yo te veo más relajado.

—Ya sabes, ha habido alguna cosilla. En otro momento te cuento.

—¡Brandon! —dice Matt al verle y se tira sobre él. Mi chico lo levanta y él abre los brazos como si volara, riéndose. Kailani se sonroja y se sienta con nosotros.

Matt acaba sentado en el regazo y empiezo a abrir la cesta.

—Este domingo hay una barbacoa en casa de Jackson. ¿Estarás bien para ir? ¿Los tres?

—Sí, claro, iremos.

Comemos algo y Matt se acurruca con Kailani y se quedan dormidos. Brandon abre sus brazos y me recuesto junto a él.

—¿Quién me iba a decir que alguien que me pareció tan fiera se acurrucaría conmigo?

—No te fíes —sonrío—, es porque estoy de baja. En cuanto me recupere, volveré a ser la de antes. Atente a las consecuencias.

Se ríe un poco y escucho retumbar en su pecho ese sonido que tanto me agrada.

—La verdad es que la primera vez que te vi, cuando estabas interrogando al tipo ese, me dejaste impactado.

—Seguro que te la puse dura —digo en voz muy baja y él da un respingo.

—Tú siempre me pones duro —dice en mi oído. No hemos vuelto a tener sexo en todo este tiempo, incluso aunque yo lo he intentado. Me respeta demasiado.

—Ya estoy bien. Quizá puedas invitarme a cenar uno de estos días en tu apartamento.

—Ni te imaginas lo que me gustaría, pero...

—Estoy bien, de verdad. Deseándote —acabo susurrando.

Se remueve incómodo y sé por qué. Su *big boy* ha despertado.

—Incluso podría ser esta noche —añado.

—No me hagas esto, que parezco un adolescente.

Me entra la risa y me da un beso algo menos decente de lo que se debería ver en un parque.

Y sí, esa noche, con algo más de suavidad, retomamos nuestra práctica. No sé qué ocurrirá, pero por el momento, sé que es el hombre de mi vida.

Próximamente

AL LÍMITE DE LA PASIÓN

SECCIÓN Ω MEGA 3

1

HOPE

Acudo a los juzgados vestida formalmente con un traje de chaqueta y una camisa. Logan ha insistido que, para dar un testimonio, no debo llevar cazadora negra, camiseta rasgada o pantalones cargo con botas militares, que es lo que suelo ponerme a diario.

—Hope, ¿quieres que te acompañe? —me ha preguntado y no, no quiero que venga mi jefe. Este es un caso que un abogado tocapelotas ha rescatado, de cuando era marine, hace seis años. Una compañera fue acosada por un superior, casi hasta el punto de ser violada, y como ella no se defendió, le rompí la nariz al tipo. Puede que me pasara, y desde luego, otras dos soldados lo denunciaron, pero según mi abogado, debería haberme contenido.

Y la semana pasada, el tipo va y reabre el caso por lesiones. Creo que Logan quería acompañarme para que no me encendiera. No lo haré, últimamente estoy más calmada y sé lo que me juego, entre otras cosas, mi trabajo. Si salgo culpable, las cosas no se pondrían fáciles para mí.

Ajusto mi americana negra y la camisa blanca. Incluso voy levemente maquillada y he recogido el cabello algo más crecido en una coleta. Por lo que no paso es por llevar tacones, y como no tenía zapatos normales, Bella, la novia de Jackson, me ha prestado unos.

Además, estoy contenta, esta mañana nos ha dicho Brandon que Leo ha despertado, aunque

tendrá que estar unos días más en el hospital. ¡Bien por ella!

Entro en el edificio y traspaso el arco. Desde luego, no llevo ningún tipo de arma. Paso y me reúno con mi asesora, la que suele ayudarnos a todo el equipo.

—Hola, Hope, tranquila, esto va a ser rápido.

—¿Quién es el abogado?

—Un tal Jordan, es muy recto, lo conozco, y no sé por qué ha aceptado un caso tan claro de acoso.

—Recuerda que le partí la nariz.

—Fue para defender a una compañera. En fin, tú tranquila. ¿De acuerdo?

Entramos en la sala y bajo la mirada, no tímida, sino para no ver al desagradable sargento que abusó de mis compañeras y al que volvería a romperle la nariz. Cuando me lo contaron, me enfadé muchísimo, lo sé y quizá solo tendría que haberlas acompañado a denunciar, puede que mi temperamento se alterase, aunque sin duda se lo merecía. Eso y más.

Miro hacia la derecha y veo a dos de las muchachas, que han venido a apoyarme. Lo agradezco, la verdad. Llegamos a nuestro lugar para colocarnos.

—Buenos días —nos dice una voz fría y profesional. Levanto la cabeza porque me suena. No puedo quedarme más sorprendida.

—¿Rick? ¿En serio?

Él se encoge de hombros y va a su sitio. Observo cómo mira con seguridad a su alrededor. Aprieto los puños y me siento.

—¿Lo conoces? —susurra mi asesora.

—Es el hermanastro de la mujer de mi hermana. Menudo puto hipócrita.

Desvío la mirada para no cabrearme más y me propongo respirar calmada. Bella me enseñó un día cómo controlarme. Ella tiene algo de pánico escénico y ha tenido que dar muchas entrevistas debido a la producción de su serie. Aprovecho para mirar a Rick de reojo. Es un tipo alto y delgado, metido en su elegante traje a medida y con el cabello corto, demasiado perfecto. Su hermana también es muy atractiva, aunque lo importante es que es una buenísima persona y creo que por eso mi melliza, Grace, se enamoró de ella.

El juicio comienza con las quejas del superior que dice padecer un trastorno neurológico, ya le iba a dar yo trastorno. Creo que debe de estar harto de la cárcel y por eso insiste. Las chicas vuelven a declarar y yo procuro estar serena y, aunque no aprueban la violencia y el puñetazo que le di, lo comprenden.

Al final, mi asesora es capaz de exculparme de nuevo y cuando se acaba el juicio rápido a mi favor, Rick se acerca y me tiende la mano, que no acepto.

—Nos vemos el fin de semana —dice encogiéndose de hombros.

Cuando se aleja, mi asesora se me queda mirando

—Creo que Jordan no ha puesto mucho de su parte para defender al sargento. Otras veces lo vi más combativo. ¿Qué ha querido decir con eso del fin de semana?

—No tengo ni idea de lo que dice. Vámonos.

Salgo, abriéndome el incómodo traje y acabo por quitarme la chaqueta para salir a la calle, más tranquila. Mi móvil suena. Es Grace.

—Todo ha ido bien, me lo ha dicho Rick.

—Joder, le ha faltado tiempo. ¿Tú sabías que él era el abogado defensor?

—No, pero sabía que estaba preocupada y que a lo mejor se te olvidaba llamarme. Tienes que venir este fin de semana a vernos, tengo una gran noticia que darte.

—Pues dímela por teléfono. No sé si podré librar.

—¿No tenías vacaciones? Ven, por favor. Eres mi única familia, te necesito —dice y me parece oírle hacer pucheros.

—Ya empiezas con el chantaje emocional, Grace.

—En serio, Hope, como no vengas el sábado a verme, me voy a enfadar.

Cuelga y suspiro. Grace es todo lo contrario a mí, es paciente y buena, algo tierna, sí, pero cuando se enfada, sale el gen Clark y es como un tsunami.

Vuelvo a la oficina para explicarle a Logan todo lo ocurrido y él asiente, satisfecho de que no haya perdido los nervios.

Salgo al comedor a tomarme un café y Ronaldo se acerca a mí.

—Todo ha ido bien —explico escueta. Él me guiña el ojo y se acerca un poco más.

—Podríamos celebrarlo.

—No, ya te dije que ya no quería follar más contigo.

—Si lo pasábamos tan bien...

Pero se aparta cuando Jackson entra al comedor para servirse un café. Sí, he estado con él, pero solo ha sido sexo. El peligro de que hacerlo ahí, en la misma oficina fue excitante. Recuerdo alguna ocasión en la que casi nos pillaron. Yo me metí en la ducha y él salió sudoroso y todavía duro. He de reconocer que es un gran amante, pero ya no quiero eso.

Veo a Jackson enamorado, incluso Brandon, que se ha colgado de Leo. Sonrío al pensar en la cara que puso la primera vez que la vio. Mi instinto me dijo que acabarían juntos.

Pero lo mío con Ronaldo ha sido un desahogo físico nada más. Acabo el café y lavo la taza según requiere Brandon. Me acerco al despacho del jefe para pedirle permiso para ir a ver a mi hermana este fin de semana y Logan me lo da sin problema. De todas formas, se supone que estamos de vacaciones, con medio equipo fuera de combate. Brandon no se va a mover del hospital y la ciudad parece tranquila.

—El equipo Alfa está preparado, por si son necesarios —me dice Logan—, nos merecemos un descanso. Aprovecha las vacaciones.

—No, jefe, solo es para este fin de semana y a dos horas de aquí. Vuelvo si hace falta.

—De acuerdo —dice sin sonreír. Yo también espero que no nos veamos en otra como la anterior. Antes de salir, me vuelvo hacia él, que ya está concentrado en lo suyo.

—¿Y tú? ¿Vas a descansar?

Me lanza una mirada seria y se encoge de hombros, así que me voy. Es hermético y no suele abrirse a nadie, pero no creo que encontrase un jefe mejor. Me gusta porque me trata exactamente igual que a los demás.

Salgo para mi apartamento, despidiéndome de los chicos. Después de cambiarme, llamo a Grace.

—Iré este fin de semana.

Ella se pone a chillar y llama a Mara, su esposa, para decírselo a voz en grito. No puedo evitar sonreír. Buscaré un avión a Charleston, que es donde han decidido instalarse. Mara es consejera de la empresa de su padre, son gente de dinero y mi hermana es una sencilla maestra, pero es verdad que sus suegros la adoraron desde el primer momento. Ellas viven en una preciosa casita a orillas del mar.

—¿Tengo que llevarme ropa elegante? —pregunto antes de colgar.

—No, y si te hace falta, ya te dejaré algo. Seguimos llevando la misma talla, de momento.

—Vale, te veo esta noche.

—Por supuesto, te quedarás en casa.

—Ya contaba con ello.

Pasar una velada con mi hermana y su esposa me apetece mucho. Mara es agradable y adora a Grace. ¿Qué más puedo pedir?

Después de aterrizar, tomo un taxi que me lleva a la enorme mansión y Grace me abre la puerta, me abraza y me besa hasta que me hace reír a carcajadas. Entramos cogidas de la cintura y entonces lo veo.

—Nunca pensé que fueras capaz de sonreír —dice Rick que lleva una copa de vino en la mano.

—¿Qué hace este aquí? —pregunto enfadada a mi hermana. Ella sonríe con amplitud y toca su barriga.

—¿Cómo no iba a estar, si es el padre de mi hijo?

Me la quedo mirando sin comprender nada. Luego miro a Mara que está feliz y a él que me mira burlón. Me encaro y lo miro a los ojos, casi a punto de estallar.

—¿Qué puta mierda es esta?

Sobre la autora y agradecimientos

Quiero dar las gracias a María José y Lola, que tan bien me han acogido en Selecta, y también a Sarah, que fue quien lo propició.

A mis beta, como siempre, por darme todo el apoyo del mundo. A Francesca, Paqui, Maite y Pili.

A mi Eva, que siempre me da buenos consejos. La escena de la cena con la mamá de Leo, me la sugirió ella, me pidió que se conocieran un poquito más, y así lo hice.

Como siempre, a mi marido, que es grande como Brandon, un pilar en mi vida y un apoyo constante.

Y ahora, me presento:

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos, cuando empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y... ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía, la romántica y el *thriller* romántico. Si tienen mucha acción, mejor todavía.

A las fechas de escribir esta biografía llevo muchas novelas publicadas, más de setenta y también unos cuantos libros con otros seudónimos, desde eróticos a infantiles o cuadernos para escritores.

A veces escucho a escritoras y otras personas que dicen que publicar a menudo baja la calidad. No estoy de acuerdo. A mis libros les doy mucho mimo. Pasan por los mismos procesos que otros, muchísimas revisiones, lectoras betas, correcciones, más revisiones. La diferencia es que mientras se están revisando, yo estoy pensando o escribiendo el siguiente. Otra característica es que escribo de forma muy fluida y también que invierto muchas horas, pero muchas, al día.

Así que mientras las historias me asalten a altas horas de la madrugada y me obliguen a escribirlas, voy a seguir así, creando historias no muy largas, con mucha acción, fantasía, brujas y amor. De aquí a un tiempo, puede que esto haya cambiado. De momento, estoy bien aquí.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargarte una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

O, si quieres, puedes enviarme un correo: info@anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: [@anneaband_escritora](https://www.instagram.com/anneaband_escritora)

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostarí la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

Para despedirme, solo una cosita, si te ha gustado la novela, tus comentarios son muy importantes para las autoras, son un apoyo para seguir creando, así que agradecería mucho que, en la plataforma en la que hayas leído el libro, pudieras dejar una reseña.

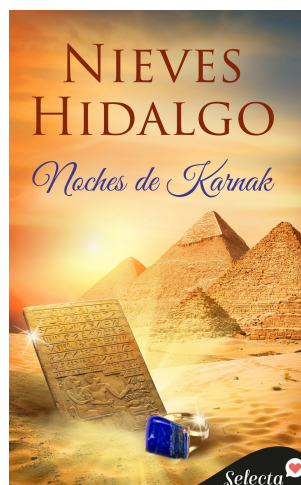
Mil gracias, de corazón.

Anne

Si te ha gustado

Acero mortal

puedes disfrutar de estas







En una carrera contra el tiempo y el destino, *Acero Mortal* te sumerge en una historia de amor y suspense que redefine los límites del thriller romántico. Anne Aband, autora bestseller, teje una trama donde cada segundo puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, entre el amor y la pérdida.

¿Es posible cambiar el curso de los eventos cuando el peligro acecha en cada esquina de Nueva York?

Brandon, exanalista de criptografía de la CIA y miembro del enigmático grupo Omega, es la definición misma de fuerza y determinación, acompañado de un gran sentido común.

Leo, una policía del FBI tan dura como letal, conocida por sus años de trabajo encubierto, es demasiado independiente y su ira a veces trae consecuencias.

Ambos se unen para una misión de la que depende la vida de una ciudad: deben infiltrarse y transportar explosivos para prevenir un ataque devastador contra Nueva York. Pero en el camino, una chispa inesperada enciende un fuego de deseo entre ellos.

Pero el pasado oscuro de Leo resurge, complicando no solo su relación sino también su misión. Con el reloj en contra, el equipo se ve arrastrado por una espiral de acción y persecuciones, donde cada segundo cuenta para salvar vidas y evitar la catástrofe.

Acero Mortal es más que un thriller; es una odisea emocional que captura la esencia del sacrificio, la lealtad y el amor incondicional. Prepárate para sumergirte en una novela que se lee de un tirón, un viaje inolvidable que te dejará preguntándote: ¿hasta dónde llegarías para salvar a quienes amas?

Anne Aband es el seudónimo que utiliza esta autora para escribir sus novelas de fantasía romántica.

Es informática de profesión, pero ahora trabaja al 100% escribiendo. Ha realizado múltiples cursos de escritura, aunque considera que no hay nada como la práctica diaria para hacerlo. Opina que a escribir se aprende escribiendo (una vez has estudiado las bases).

Comenzó a publicar en 2016 y desde entonces ha publicado más de 70 novelas, muchas de las cuales suelen estar en el top 50 de su temática preferida, la fantasía urbana, aunque hay otro tema que le encanta y es el thriller romántico con momentos sensuales.

Puedes encontrarla aquí:

Web: www.anneaband.com

Página de Amazon autor: <https://www.amazon.es/Anne-Aband/e/B01H44HN1I>

Instagram: [@anneaband_escritora](https://www.instagram.com/anneaband_escritora)

Catálogo de todos sus libros publicados: <https://www.anneaband.com/libros>



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2024

© 2024, Anne Aband

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada

Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-79-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Acero mortal

1. Brandon

2. Brandon

3. Leo

4. Brandon

5. Leo

6. Brandon

7. Leo

8. Brandon

9. Leo

10. Lena

11. Brandon

12. Leo

13. Brandon

14. Leo

15. Brandon

16. Leo

17. Brandon

18. Leo

19. Leo

20. Brandon

21. Leo

Próximamente

Sobre la autora y agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Anne Aband

Créditos